



UNA CONFERENCIA DEL PROFESOR FERRI

I

En la noche del 26 de Octubre de 1908, el profesor Ferri dió una conferencia á beneficio del diario socialista de ésta «La Vanguardia». El tema de ella fué: «El socialismo, ¿qué es y cómo se realizará».

El tema era abstracto, científico. El conferenciante entre otras cosas explicó que la evolución es la ley más general que rige el desarrollo de las sociedades, observando que la evolución no es como la marcha de la aguja sobre el reloj, sino que cada momento presenta, para diversos órdenes de cosas y fenómenos, diversas facies evolutivas y que, por ejemplo en la producción, se puede encontrar, al lado de una vasta usina modernísima, unas formas de producción primitivas. Recordó la teoría antes llamada del materialismo histórico ó determinismo, según la cual los fenómenos económicos ocupan un lugar predominante en la conducta de los hombres y de las sociedades humanas y recordó también la época de la producción con esclavos, la de la producción feudal con

siervos, la de la producción verdaderamente industrial con grandes maquinarias, por medio de asalariados, y anunció otra época futura, aquella en que la tierra y los grandes instrumentos de producción pertenecerán a las colectividades. Esta será la época del régimen socialista.

Las principales causas económicas inconscientes que preparan este futuro régimen las enumeró así: el empleo en grande escala de máquinas a vapor y sus sucedáneas, la sociedad anónima que impersonaliza la propiedad de los instrumentos de trabajo y aun de la tierra y, finalmente, los *trusts*, que la socializarán más y contribuirán a hacer desaparecer el desorden actual de la producción y las consiguientes crisis y desperdicios, haciendo, a la vez, que se obtenga mayor armonía entre las necesidades del consumo y las posibilidades de la producción. De paso dijo que, aún bajo ese régimen socialista, existirá todavía alguna propiedad privada, por lo menos de los objetos de consumo que pierden su existencia en el momento de su final aprovechamiento (como el pan), y aún de algunos objetos muebles de uso duradero como un vestido, una cama, ó un objeto de fantasía, de arte ó de simple comodidad corriente. Hizo la historia de la propiedad de la tierra, cómo nació, cómo se transformó y cómo llegó a ser industrial y agregó que no pensaba que la propiedad individual de la tierra pudiera cesar en un punto dado antes de que el resorte del individualismo hubiera acabado de producir los efectos de que es capaz y que ya produjo en las naciones más adelantadas.

El régimen socialista—dijo—presupone el régimen industrial y no puede implantarse sobre un régimen anterior, v. gr. sobre el régimen agro-pecuario. Considera que la República Argentina se encuentra en el estadio agro-pecuario, por más que en algunos puntos de ella, la agricultura se hace ahora por capitalistas y asalariados (y no ya sólo al tanto por ciento), por más que la ganadería se hace toda en esa forma, por más que las bodegas de Mendoza, los ingenios de Tucumán, ciertos aserraderos en los bosques, alguna refinería, el transporte ferroviario y ciertas fábricas de la capital se encuentren en la fase industrialista, porque no está aún en ella la gran masa productiva del país, como que todas esas cosas juntas son poco al lado de los cereales y de la ganadería y que todavía hay grandes áreas fiscales que

no han entrado aún a las funciones de producción y tendrán que pasar por el período agro-pecuario y por el individualista.

Hasta aquí me parece que sería difícil para un colectivista moderno disentir del profesor Ferri y también se podría agregar que, bien que mal, pueden muchos trabajadores hacerse de un pedacito de tierra ó de una casita, sacrificando quizás su salud ó su cultura intelectual, prefiriendo esa situación de pequeñísimos burgueses a otros propósitos que pueden conseguir en uniones proletarias. El dueño de una casita en los suburbios y el de una chacra en la pampa no suelen ser socialistas.

Examinando nuestra situación política, encontré que hay aquí cierta libertad personal, pero que no existía asegurada la libertad política. Extrañó que no existiera un partido burgués («liberal», «demócrata» ó «radical») que se proponga asegurar esa libertad política é implantar un modo de gobernar en el que la opinión, como en Inglaterra, por ejemplo, sea la que resuelva sobre los diferentes rumbos propuestos por diversos partidos políticos, notando que el partido radical de acá, colocado exclusivamente entre la abstención y la revolución, no corresponde a lo que en Europa se entiende bajo esa designación.

Encontré que está todavía por hacerse aquí esa obra preparatoria de partidos liberales democráticos ó radicales para conseguir que el país sea gobernado por la opinión, hallando que, bajo este punto de vista, el gobierno parlamentario es infinitamente superior al sistema llamado presidencial (1). En efecto, el sistema parlamentario, más ó menos completo, es hoy la gran conquista política de los pueblos civilizados y el sistema

(1) Nuestra Constitución es al respecto muy diferente de la de los Estados Unidos. El capítulo de la nuestra sobre ministros contiene netamente todo lo que contienen las cartas ó constituciones parlamentarias; no son óbice a ello las disposiciones sobre el «presidente», como que en algunas de esas constituciones está escrito que el rey es fuente de todo poder ejecutivo, y sin embargo el rey no gobierna, y simplemente desempeña el augusto y equitativo papel de *referee* entre los partidos en lucha. Nuestra viciosa inteligencia de la Constitución de 1853 proviene de que nuestras clases directivas nunca han estudiado en sus fuentes ese capítulo y de que nuestra historia no les daba antecedentes prácticos.

de gobierno de Francia es, en lo esencial, igual a la de Inglaterra, con lo cual se vino a demostrar algo que los buenos constitucionalistas ingleses no negaban, a saber: que el gobierno de gabinete parlamentario podría quizás con el tiempo funcionar perfectamente sin rey y sin nobleza hereditaria en alguna parte del mundo.

El profesor Ferri encontró que, al lado de esa cuestión reformista existía también aquí la cuestión obrera; pero que esas dos cuestiones no son todavía el socialismo y pueden existir y existen y son tenazmente perseguidas por personas que no creen en el futuro régimen socialista, que hasta lo combaten doctrinariamente, ó por personas que prescinden de ocuparse de todo porvenir no inmediato. Esa cuestión de reformas (gobierno por la opinión), la cuestión obrera (salario, horario, etc.), y aún las reglamentaciones del trabajo, de los accidentes del mismo, de los retiros de obreros, de ciertos impuestos u otras medidas para aliviar la situación de los asalariados, no son tampoco todavía el socialismo; caben dentro del régimen industrial y capitalista, cuando éste se humaniza bajo la acción de ciertos grupos burgueses políticos progresistas y humanitarios, ayudados por el mismo pueblo, como se ha visto y se ve; y hay en Francia, por ejemplo, partidos radicales que, a los ojos de los burgueses argentinos parecen ir ya muy lejos en el socialismo y los tienen perfectamente asustados.

Pero todo esto no es todavía el propio socialismo, agregó Ferri. Hasta aquí no parece también que ningún socialista pueda discutir.

II

Hubo, empero, disenso. ¿No sería éste puramente verbal, con el refuerzo de un roce de amor propio, producto de encono, de pasión? Veamos.

Ferri, como todos los modernos, y en especial los sociólogos, es amigo de tomar ejemplos, en la vida diaria y en la ciencia. Y dijo que la intervención del partido socialista en la reforma política, donde lucha solo contra todos, y en la lucha obrera por los salarios y los horarios es noble y útil, pero que eso no es todavía el socialismo. La conferencia se proponía determinar qué

es el socialismo y cómo se realizará. Y dijo que la misma actuación tan simpática del diputado socialista en pro de las leyes de trabajo, en pro de la abrogación de la ley de residencia (de esa «porquería» de ley de residencia, como un político hoy muerto, la llamó en el Jockey Club al negarse a ir a la sesión *ad hoc* en que se despachó esa flagrante inconstitucionalidad, bien flagelada por Mantilla, Roldán y otros) y en pro de leyes nuevas, v. gr., la supresión de penas impuestas por funcionarios del Ejecutivo, tampoco era algo que característicamente pueda llamarse «socialismo».

Muchos *leaders* socialistas argentinos y el diputado socialista saben perfectamente esto y saben que, en otras partes, los partidos burgueses liberales hacen cosas análogas y hasta lo hacen en parte los partidos religiosos. Pero quizá muchos miembros del partido socialista y muchas personas que simpatizan con él no lo sabían: corrió en el ambiente un rumor precursor de descontento por parte de algunos.

Ferri dijo también (y yo debería haberlo recordado más arriba) que una característica del movimiento socialista moderno era la fundación de las sociedades cooperativas. Citó ejemplos: Rochdale, Gante, Bruselas, toda Bélgica, Francia en muchas partes, Italia, etc.; encontró que aquí esa fase no existía todavía en el proletariado en escala importante; lejos de echar de ello la culpa al partido socialista argentino, encontró que esto dependía de nuestro estado de producción y trabajo. Y yo agregaré que los que ahorran aquí prefieren comprar un terrenito antes que hacer una cooperativa. Ese movimiento cooperativo entre los trabajadores (a mi modo de ver) es como la preparación del terreno proletario para adaptarlo a recibir su parte de sucesión cuando se vaya pasando del régimen industrial ó capitalista perfeccionado en los *trusts* al régimen colectivista. Esto también lo saben nuestros *leaders* y aún muchos que no lo son; pero quizá no lo saben muchos miembros del partido socialista y muchas personas que con él simpatizan; les interesa más un aviso de remate de lotes de terreno por mensualidades publicado en su propio diario socialista que un llamamiento para crear una cooperativa.

Hay otra consideración que debemos tener en cuenta para conocer a qué altura de la ruta hacia el socialismo nos encontramos. Los trabajadores no escapan a las in-

fluencias económicas que gobiernan á las sociedades en general. Muchos trabajadores, de ciudad y colonos, y muchos pequeños empleados, encuentran que «les hace más cuenta» emplear un pequeño ahorro en comprar un terrenito ú emprender un negocio personal que en formar una cooperativa. Además, nos hallamos en una formación social muy nueva todavía. La formación colonial y criolla era compuesta de unos pocos españoles y sus descendientes puros ó siquierapuros por el lado de los hombres, y una masa de «indios, chinos, pardos, cholos, mulatos, negros»; los primeros, eran como los patricios de la primitiva Roma, y los segundos, como sus clientes. La nueva formación, debida á tres causas: inmigración, transformación de la clientela y «descriollización» de muchos descendientes de patricios. Esta nueva formación triunfa económicamente, pero nuestros gobiernos son todavía bien criollos. Hasta que esa nueva formación tenga de sí misma el concepto político y gobierne de un modo más moderno, nuestros progresos socialistas tienen que ser lentos.

En una conferencia sobre socialismo, cualquiera de nosotros, argentinos ó argentinizados, habría podido decir lo mismo sin traer un alboroto. ¿Por qué «se revolvió el avispero»?

El «nacionalismo» no es una herencia de la que se halle enteramente libre todo el que se cree libre de él. ¿Sería vejatorio para un grupo de hombres instruidos y propagandistas, el oír en un momento dado, á un forastero transeúnte decir al público socialista cosas que éstos saben, pero que no han enseñado públicamente todavía? ¿Sería penoso para un grupo meritorio ver que esto ó aquello lo dice una «golondrina», uno que «no he hecho más que pasar por aquí» antes que uno de nosotros, como si temiéramos que el público creyera que nosotros, aquí residentes, no lo sabíamos? No me parece que ésta pueda ser la explicación.

Ferri trajo al caso una observación curiosa del profesor Jacob, un sabio alemán que tenemos aquí y cuya existencia es ignorada de tantos, porque nuestra formación científica es incipiente como nuestro industrialismo. Hasta hace poco se entendía que la facultad del lenguaje articulado residía exclusivamente en cierta parte del cerebro; un individuo pierde totalmente esa facultad, á causa de una lesión en dicha parte; la lesión no se repone; el individuo vuelve á hablar, siquiera un poco.... otra

parte del cerebro se está acomodando para desempeñar el papel de la parte lesionada y efectúa valientemente y fraternalmente los dos papeles: un hermanito en la familia, suple al hermano mayor caído y hace valerosamente el papel del grande para que la familia siga sin desagregarse. Los antiguos levantaban estatuas á los dioses hijos de su fantasía y cantaban sus hazañas en memorables versos; cuando la literatura se haga popular y social y deje de ser un juguete entre las manos de los que escriben para una clase privilegiada, quizá se levante una nueva aura de lirismo y algún vate cante esas células cerebrales, cúspide del cosmos, que funcionan en el encéfalo proletario como en el del millonario, y quizás nos describa en inmortales estrofas que la fraternidad, lejos de ser vano sueño de algunos, nos viene enseñada ya por la célula, por la materia gris, por el misterioso hormigueo de las capas corticales. ¡Admirable suplencia! La célula de atrás aprende á desempeñar el papel de la de adelante, que se atrofió, para conservar la solidaridad de esa masa que constituye al *homo sapiens*. El hijito mayor del pescador viudo hace las veces de la madre muerta; en un país inorgánico á causa de los resabios de la deletérea acción de los conquistadores, el partido proletario se pone á la obra de hacer las reformas que la fracción progresista burguesa debería haber efectuado y que no realizó, quedando aún envuelta á pesar suyo en paños del caudillismo. El proletariado se detiene honrosamente á forjar en la cadena del progreso un eslabón que el burgués liberal ó demócrata tuvo la pereza ó la incapacidad de hacer.

Doy más importancia á las masas y á las corrientes que á los grandes hombres, pues no veo en éstos sino exponentes de aquéllas, y cuando en un torrente veo en el choque de sus olas con una roca, saltar un potente y hermoso chorro, creo que yacía en las ondas de abajo la fuerza que lo hizo saltar con tanta gallardía. Ni creo que la gratitud deba encadenarnos á los hombres políticos de ayer ó de hoy. Sé que Justo está tan informado del movimiento socialista como Ferri, y sé que Palacios tiene arranques tan elocuentes como los mejores de Ferri. Pero cuando Ferri nos hace notar las condiciones relativamente atrasadas de nuestro estadio económico, las muy deficientes de nuestro estadio político y de nuestro estadio científico, y cuando nos hace notar que, por ahora, el partido socialista hace lo que de-

bieron hacer ciertos partidos políticos burgueses, y fomenta lo que debiera haber nacido naturalmente en las masas proletarias sobre defensa del salario y del horario, cuando nos hace notar que ese ambiente pesa fuertemente sobre los nacidos aquí y sobre los que vienen a radicarse aquí, apruebo y aplaudo. Y no aplaudo solamente a Ferri porque he tenido la suerte de poder instruirme (todo eso lo sabía tal vez tan bien como él), sino que aplaudo también a Justo y a Palacios, que hacen lo que el hijito del pescador viudo, el pobre *Jean le pêcheur*, y aplaudo al partido socialista argentino.

No pretendo que todos piensen como Ferri en ese y otros puntos. El mismo lo advierte y yo, contra Ferri y contra el programa *minimum* del partido socialista argentino, pienso que el libre cambio, ahorcador de todo país nuevo apro-pecuario, es un fetiche burgués que puede retrasar mucho el advenimiento del socialismo (1). Pero no comprendo por qué el partido socialista argentino se enojara con Ferri por eso y diera lugar a una polémica enconada de la que se regocijan los adversarios del socialismo. Es malo enojarse ya en previsión de que a uno le puedan gritar mañana un «chumale».

El encono tiene causas ocasionales externas. El partido socialista se hallaba bajo la influencia de la pasión política. Fué a elecciones locales con un programa *minimum*, un programa que pueden defender los no-socialistas, como que unos grupos se adhirieron a la candidatura y programa de Palacios (cual si quisieran creer que Palacios fuere más color demócrata y menos color socialista que Justo: es absurdo, pero el hecho es que esos grupos se adherían a Palacios y no a Justo, padre del socialismo argentino y aunque Justo

(1) Otra cosa que reputo perfectamente burguesa y contraria a los intereses del proletariado es la condenación de la ley de conversión que figura todavía en el programa *minimum*. Esa ley no impide que la clase proletaria sufra la explotación que en todas partes, pero ha impedido otras. Después de dictarse, ciertos capitalistas y ciertos oancos sacaban de la suba y baja del oro más ganancias especiales que en definitiva salían íntegras del bolsillo del pobre. El almacenero, por ejemplo, subía sus artículos el día en que subía el oro; el día en que el oro bajaba, no bajaba el precio porque, decía, había hecho más compras cuando el oro estaba alto. Se hacía subir el oro para comprar mucho papel y se hacía bajar el oro para dar menos papel al obrero. La ley de conversión suprimió ese plaga. El papel tiene desde hace años tanta firmeza como el oro; los valores se han equilibrado hace años y hace años que el proletario no sufre ese mal especial, no pesando sobre él otro que el mal general inherente al capitalismo.

sea hombre sin mancha). El partido socialista (con ese programa *minimum* aceptado por grupos no socialistas que, empero, quisieron hacer notar que no eran socialistas excluyendo a uno de los dos candidatos, no por motivos de persona, que no existen, sino como man-e-ra, poco feliz, de señalar el *tinte* de su adhesión) (1). Una mala inspiración de quienes no supieron hacer «a part du feu», volteó esa legítima esperanza. ¡Dos cátedras en el Capitolio para predicar al pueblo durante un año ese programa *minimum*! La pérdida era dolorosa. Y todavía se tachaba de traidores a la patria a los socialistas, casi todos de temperamento acentuadamente altruista, que aman profundamente a su patria sin odiar a la de otros y que harían por ella y por el mundo cuanto sacrificio pudiera hacer el más sincero chauvinista....

Ferri dió al fenómeno observado por el profesor Jacob el nombre de suplencia. «Suplencia» aquí, vulgarmente hablando, es una palabra que despierta la idea de segundo papel ó de comodín, más Ferri no la empleó en ese sentido; pero la «malsonancia», diremos así, hizo el efecto de «llover sobre mojado». Explicado que esa suplencia encierra el desempeño del papel más noble, del que fraternalmente hace la tarea de quien debió hacerla y no supo, debe desaparecer toda desinteligencia, todo enojo, lo que no impide que, si algún socialista argentino quiere demostrar que el partido de aquí, además de su programa mínimo, aceptado por muchos no-socialistas (como los adherentes independientes de Palacios), persigue *actualmente* otros objetos, claramente socialistas, lo haga, y Ferri, sin duda, lo reconocerá.

Paz a los hombres de buena voluntad en el campo de los socialistas argentinos! (*)

R. WILMART.

(1) En el Partido Socialista Argentino, a más de uno desagradó esa adhesión a uno solo de los candidatos, adhesión imperfecta: pero el Partido sin entrar en componendas, se abstuvo noblemente de protestar, y dejó que esos grupos (radicales en el sentido europeo) no quedasen privados de esa oportunidad de empezar a contarse y de empezar a obrar, sobre el cartel de uno de los candidatos socialistas. Esa conducta era más abnegada todavía que la del mayorcito de Juan el pescador.

(*) De acuerdo con su programa de exposición amplia y tolerante de las ideas socialistas, dentro de la finalidad colectivista ó comunista, publica la «Revista Social's» a Internacio-

nal» este artículo del Dr. Wilmart, académico de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires y soldado en su juventud de la «Internacional de los trabajadores»; pero la Dirección no participa de su manera de juzgar las opiniones de Ferri acerca del Partido Socialista Argentino, en general, y menos en aquella parte en que entiende, como el conferenciante italiano, que su obra reformista es de carácter «suplente», siendo así que no constituye sino una parte de la acción socialista integral, igualmente á lo que ocurre en los países europeos. En cuanto á las afirmaciones sobre la razón de existir del Socialismo en la República, remitimos al lector al artículo sobre «Industrialismo y Socialismo en la Argentina» cuya publicación empezamos en este mismo número de la «Revista».

—Nota del «ditor».

CeDInCI



Higiene doméstica obrera.

Sobre higiene industrial se ha escrito y hablado bastante y con ello se han conseguido implantar algunas reformas en los centros donde la clase trabajadora presta su valioso concurso al bienestar humano.

Se han suprimido, además, algunas de las causas mediatas é inmediatas de depresión fisiológica y se ha humanizado el trabajo de la mujer y del niño.

Pero en lo que respecta á mejorar el medio en que el obrero repone las energías gastadas en el esfuerzo cotidiano, se ha hecho relativamente muy poco.

No negaremos que las urbes obreras aumentan progresivamente y que en ellas las condiciones de algunos elementos biógenos, como aire y luz, han mejorado sensiblemente.

Pero ni el aire y la luz, con ser tan fundamentales, son los únicos elementos indispensables á la vida, ni todos los obreros viven en urbes apropiadas; antes al contrario, la gran mayoría habita miserablemente en los familisterios cuyas condiciones intrínsecas y extrínsecas constituyen un verdadero atentado á la salud.

Así que puede decirse que, en realidad, es bien exiguo el resultado obtenido del esfuerzo empleado para mejorar sus condiciones de vida, porque indudablemente de poco pueden aprovecharle todas las reformas que se introduzcan en los lugares donde gastan sus energías si en los que las reponen no existen, así mismo, las debidas condiciones higiénicas.

Es inútil pensar que la misión de la higiene obrera termina en la fábrica. Un obrero que haya empleado su jornada de trabajo en un establecimiento perfectamente ajustado á los preceptos de la moderna higiene, y que después vaya á restaurar sus fuerzas en una habitación lóbrega en que el aire confinado, la falta de luz y de aseo rivalicen con la mala alimentación y el harapiento, traje, está casi en iguales condiciones que el que labora en una fábrica antihigiénica.

Hay pues que llamar mucho la atención sobre esta faz del problema obrero, para que se conozca cumplidamente su trascendencia.

Tres son las causas principales originarias de este lamentable estado y sobre ellas deben ser dirigidas los suficientes medios de combate.

La ignorancia de preceptos higiénicos—La carencia de medios para realizarlos—El desacuerdo de las clases dirigentes.

Sin duda alguna la primera de estas causas es la mas importante y tambien la mas fácil de combatir: puede con efecto hacerse una activa propaganda, ya en los establecimientos escolares, ya en los centros obreros, etc.; pero las circunstancias mudan de aspecto cuando se trata de plantear la segunda.

El obrero podrá compenetrarse perfectamente del valor de los principios que se le aconsejen y demostrar vehementes deseos de realizarlos; pero ¿y si los medios con que cuenta no se lo permiten?

¿Y si no dependen de él?

He aquí una de las grandes dificultades que hay que allanar sin querer con ello establecer que sea insurmontable.

En realidad toda la solución del problema depende del método atinado que se observe, especialmente si las medidas que se vayan adoptando sean mas bien evolutivas que radicales.

Por ejemplo, mucho podrá hacerse y mucho variaría el aspecto de la condición obrera, si se empezara por variar el familisterio con algunas pequeñas reformas no muy difíciles ni muy costosas; tales serían aumentar la aereación de las habitaciones y proveerlas de las dependencias correspondientes.

Claro es, que esto no es todo lo pertinente ni mucho menos—comenzado por sentar que condenamos el familisterio de pies á cabeza—pero sí á las reformas señaladas se le agrega un buen reglamento interno, y á ello se une la propaganda de que hemos hablado, se abrirá comenzado por dar un buen paso y se tendrá preparado el terreno para los sucesivos.

Este ejemplo nos sirve así mismo para demostrar la relación que guardan entre sí la segunda y la tercera de las causas, puesto que en efecto la mayor parte de las dificultades que se oponen al saneamiento de la habitación obrera, ni dependen exclusivamente de él ni pueden destruirse con medidas radicales.

Hay que tener presente que en materia de reformas de esta índole una cosa es lo que *debe hacerse* y otra lo

que *puede hacerse* y que todo puede hacerse, haciéndose como se debe y en el caso actual las precipitaciones son inútiles.

En el ejemplo citado el ideal sería el jardín obrero tan estensamente estudiado por Gravier y Latiere, unido á un sistema cualquiera cooperativo de alimentación y vestido de esos tan conocidos en Inglaterra; pero esto... vá despacio por ahora y hay que irse ciñendo á las circunstancias, y á que aquello de «todo ó nada» no es evidentemente práctico; así que lo más racional y acertado es ir paso á paso acompañando y modificando en lo posible las condiciones presentes é ir aprovechando las circunstancias propicias que se vayan presentando al perfeccionamiento progresivo.

Indudablemente que para todo ello, lo primero que precisa tener el obrero, son los conocimientos á que aludimos en la primera de las causas y esto como ya hemos indicado no ofrece grandes dificultades á su práctica realización. Además puedése repartir entre ellos con toda la profusión necesaria pequeñas cartillas en las que se reasuman los puntos culminantes de divulgación.

No deben apartarse tampoco de la idea las condiciones que han de acompañar á la redacción de estos opúsculos; tales son la brevedad, la concisión, y el ajustarse lo mas que se pueda á las condiciones presentes del obrero.

Un trabajo de esta índole puede perfectamente compendiarse en un número reducido de páginas y ser el orientador, por así decirlo, de la higiene doméstica obrera; páginas en las que debe resplandecer la acomodación á esa «vida sencilla» de que nos habla Wagner y que parafraseadas al caso presente pudieran condensarse en estas dos palabras: «Higiene sencilla».

Nada de asustar al obrero con grandes problemas de complicada solución imposibles por completo, de realizar en la práctica; quédense ellos para los laboratorios de higiene experimental.

Al obrero hay que señalarle las causas de su malestar físico y su repercusión en el moral.

Meterlinck ha dicho que «hoy la miséria es una enfermedad de la humanidad y la enfermedad una miséria del hombre». A estas inspiradas frases puede agregarse que la «Higiene sencilla» es la única capaz de alejar la miseria y el dolor.

La vida higiénica sencilla libertadora de la miséria,

exige habitación sencilla, muebles sencillos, vestidos sencillos y alimentación sencilla, esto es, lo que está mas al alcance del proletariado; vienen después el aseo personal sencillo y la limpieza sencilla de la habitación y su contenido (agua y jabón en abundancia para todo) y como complemento natural y lógico, condenación absoluta del alcoholismo, fuente inagotable de degeneración humana.

Este es el esqueleto sobre que debe revestirse la higiene doméstica obrera.

Es exacto que muchos de los requisitos que se han de exigir tropezarán—como ya hemos indicado—con la dificultad de su realización, los unos por falta de recursos pecuniarios, los otros por falta de elementos disponibles; por ejemplo, si se aconseja como debe aconsejarse la siguiente máxima: «alejad la cocina de la puerta de vuestra habitación, porque sus vapores impurifican el aire y sus detritus atraen los insectos que transportan los germen morbosos favoreciendo así mismo su desarrollo», nos encontraremos que en la mayoría de los casos esto será imposible de realizarse porque los familisterios no tienen cocinas adecuadas casi en su totalidad, pero no hay duda que los interesados procuraran trasladar su vivienda á otros lugares ó por lo menos ejercerán presión para que se les provea.

Sobre todo y en último extremo es una máxima que llegará á imponerse con su divulgación mucho mas facilmente que con su ignorancia.

Iguales consideraciones pudieran hacerse á esta otra máxima cuyo consejo es imprescindible: «Cuando volvais del trabajo cambiad de ropa y aseed vuestro cuerpo, porque vuestro cuerpo y vuestra ropa conducen germen que podrán desarrollarse en vuestra vivienda».

Quieren ponderar estos ejemplos todo lo difícil que indudablemente es llevar á rigurosa práctica los principios indispensables para que la higiene doméstica obrera sea una realidad y al mismo tiempo marcar el plan de campaña que los defensores de la clase deben adoptar.

Este debe ser dirigido, volvemos á repetirlo, á la destrucción de los tres factores causales que indicamos y cuya intensidad vá en orden progresivo; esto es: es mas fácil inculcarle al obrero los principios de higiene doméstica, que procurarle medios para que los realice y esto último es mas fácil que llamar la atención de las clases dirigentes para que se los proporcione.

Vamos á esbozar el cuadro general de lo que á nuestro

entender debe ser comprendido en la divulgación de la enseñanza de la higiene doméstica del obrero. Ya hemos dicho que la sencillez debe ser la norma y pauta á que ha de ajustarse la exposición de estos principios; ahora cúmplenos agregar que deben ser metódicos y persuasivos; esto es, que de sólo su enunciación ó lectura emane el convencimiento de las verdades que entraña.

En este sentido deberá comenzarse por exponer cuales son los puntos iniciales morbosos, con toda claridad, demostrando no sólo el valor de los agentes directos, sino muy especialmente el de los indirectos ó deprimentes, dando á cada cual su lugar en el orden natural de su actuación y ampliándolo con ejemplos de fácil comprensión.

Para mayor claridad nos vamos á permitir presentar á modo de ensayo un preliminar de exposición.

Comenzaría así: «Para que vuestro hogar se vea libre de los trastornos de las enfermedades, causa del dolor y de la miseria, para que vuestros hijos sean robustos, y para que vuestras esposas cumplan sus funciones maternas, debéis cuidar de que vuestros organismos funcionen normalmente.

El organismo humano no funciona sino respira aire sano, sino ingiere alimentos sanos, sino está su piel limpia, sino estan limpias las habitaciones donde vive y los objetos que ella contiene, si no recibe los benéficos rayos de la luz solar y sino se precabe de las causas que puedan alterarlo ó deprimirlo».

A esta concisa exposición debe seguir un detalle abreviado de las causas que impurifican cada uno de los elementos señalados en el mismo orden que han sido expuestas.

Así primero se explicarán las causas de la impurificación del aire respirable, refiriéndose como es consiguiente al medio obrero y tomando como tipo al familisterio por ser este el sistema de agrupación mas frecuente y mas nocivo.

Luego se pasará á ocuparse de los alimentos de predilección y de las bebidas, especialmente del agua, condenando, como es consiguiente, el uso del alcohol mediante una exposición amplia de todos los gravísimos males que acarrea.

Y así sucesivamente, ir condensando en frases seguras y convincentes todo lo relativo á cada una de las causas apuntadas.

Al llegar á explicar la depresión fisiológica conviene abundar en ejemplos para su completo esclarecimiento.

puesto que esta parte es la que mayor punto de contacto tiene con la moral social y así se obtiene un doble beneficio, debiendo ser consignadas ciertas consideraciones de este orden (y permítenos la abundancia de ejemplos).

«Hay que conservar la integridad funcional del organismo evitando hasta las emociones intensas que puedan trastornarlo.»

Un esposo que produce continuos sinsabores á su esposa, un padre que castiga con crueldad á un hijo, produce en sus organismos una depresión capaz de abrir las puertas á la enfermedad.

Lamentamos no poder dar á esta parte de nuestra exposición toda la amplitud que merece, debido á la índole del trabajo, pero prometemos volver de nuevo sobre ella y hasta si hubiera quienes se interesaran—como merece—por su ejecución, nos ofrecemos con la mejor voluntad á redactar cumplidamente las bases de esta humanitaria propaganda.

No insistiremos tampoco en emitir juicio, sobre los medios de combatir las causas que puedan oponerse al cumplimiento individual de ciertos preceptos, ellas pertenecen á un orden de conocimientos ajenos por completo á los que profesamos; pero á lo que nos sugiere su examen preliminar, estamos seguros de que los competentes en la materia han de encontrar recursos eficientes para combatirlas.

La atención de las clases dirigentes para propiciar el cumplimiento de estos fines, pertenece al número de irregularidades de que está como plagada nuestra constitución social y quizás vaya en ello mas la ignorancia y la desidia que la intención; si bien no dejamos de reconocer que en ciertas ocasiones, esta se deja transparentar y como aviesa.

Cuando la última huelga de «conventillos» oímos al acaso una frase sarcástica que nos dió bastante que pensar. Ella fué pronunciada por un obrero habitante de una de estas casas, en ocasión que acudían á intimar su desalojo las fuerzas policiales acompañadas del cuerpo de bomberos provisto de mangueras y depósitos de agua. «Vienen á lavarnos los pisos que bastante falta nos hace», dijo el chusco entre las carcajadas de los circunstantes.

Esa frase despertó en nosotros un mundo de comentarios que la prudencia nos induce á reservar.

Pero estamos convencidos que si hubiera sido necesario adoptar esta higiénica medida, á buen seguro que el benemérito cuerpo no hubiera desplegado tan áctiva solicitud.

No deja de ser chocante á primera vista la apatía rayana

en brutal egoísmo con que las clases dirigentes encargadas de velar por la salubridad pública encaran los problemas de higiene del proletariado.

No me refiero solo á Buenos Aires, que entre otros estigmas tiene el de tolerar la instalación de un barrio en los muladares públicos de cuyos miserables detritus se alimenta; me refiero á la inmensa mayoría de las capitales del mundo civilizado empezando por París y Londres.

La génesis de esta anomalía se basa no solo en el egoísmo, sino en la crasa ignorancia de levita.

Si los moradores de los suntuosos palacios, cuyo desprendimiento y generosidad no es á menudo exteriorización de los altos ideales humanos, supieran la espada de Damocles que simboliza la vida insana del obrero en las grandes ciudades, á buen seguro que acudirían presurosos á su modificación, pero como lo ignoran, apenas se ocupan de cobrarles el alquiler de la ruin vivienda al precio mas elevado posible.

Felizmente, sobre todas estas miserias se cierne la ciencia augusta y sus hombres.

Son ellos los que han de acometer la elevada empresa de realizar este acto de verdadera redención humana.

SALVADOR BARRADA.



Industrialismo y Socialismo en la Argentina (1)

Sumario — Consideraciones generales — Necesidad histórica del movimiento socialista — Acción eficiente del proletariado — Paralelismo de la emancipación social en Europa y en América.

PRIMERA PARTE — *El colectivismo* — Su origen histórico — Manifiesto Comunista — Crítica del régimen capitalista — El maquinismo, la competencia industrial y la libertad de trabajo — Fórmula marxista del valor: valor de uso y valor de cambio — La supervalía y la jornada de trabajo — Concentración capitalista — Socialización de la propiedad — Fórmula política del colectivismo: conquista de los poderes públicos, transformación del Estado.

SEGUNDA PARTE — *El industrialismo en la República* — Realidad de la cuestión social — Causas del movimiento obrero — Situación de las industrias — Población obrera — Las máquinas a vapor — Capital industrial — Movimiento de la producción — La propiedad territorial — El latifundio y la pequeña propiedad agrícola — Concentración de la propiedad rural — Censos de 1869 y 1895 — Datos estadísticos recientes.

TERCERA PARTE — *Programa del Partido Socialista Argentino* — Máximo y Mínimo — Reformas económicas, sociales y políticas — Desarrollo del Partido — Sindicalismo y Socialismo — Fundación de cooperativas — Acción integral socialista.

Consideraciones generales

Esta república, que aún no ha conseguido la fusión de los elementos que constituirán la nacionalidad argentina, ha empezado á sentir la influencia de nuevas fuerzas sociales que empujan de un tiempo á esta parte, á los viejos pueblos, con tradición é historia seculares, con sentimientos, creencias, necesidades y aspiraciones que tienen su origen en lejanas épocas y su explicación en el proceso mismo de su constitución social. No podemos escapar á la poderosa influencia del Tiempo, que somete fatalmente á hombres y naciones. Cada época nos impone sus prejuicios, sus hábitos, sus inventos, sus conquistas, sus privilegios, su modo de pensar y de sentir, anima nuestro espíritu y forja nuestros caracteres.

(1) Antes de que el profesor Ferri diera su comentada conferencia sobre el Socialismo en el teatro Victoria, tuvimos ocasión de conocer sus extrañas opiniones sobre el Partido Socialista Argentino, expresadas por él mismo en la intimidad. Al oírle decir que en este país no existía el socialismo y que, por consiguiente, no cabía en él, por ahora al menos, el colectivismo, le observamos que, en nuestra opinión, padecía un error, proveniente de un defecto visual de su inteligencia aplicada á la observación del mundo económico argentino, que había visto sólo en una de las formas de su producción. Le indicamos entonces, como antecedente informativo, un estudio que publicáramos en los «Anales de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales», de Buenos Aires (tomo cuarto), dirigidos por el Dr. Juan A. García (hijo), uno de cuyos ejemplares le remitimos el mismo día de su llegada á esta ciudad. Editamos hoy ese estudio, pero ampliado y modificado en muchas partes, especialmente en cuanto refiriese á datos estadísticos, que hemos procurado recoger en las últimas fuentes de información, y lo publica la REVISTA SOCIALISTA INTERNACIONAL para evidenciar las inexactitudes de Ferri acerca del movimiento socialista en la República. — *Nota del Editor.*

Los pueblos hacen su historia, con tres grandes elementos: la raza, el medio físico y el momento histórico. Las modalidades de una nación y la vida de una sociedad, resultan de la acción combinada de esas tres fuerzas, cuyo imperio es tan absoluto como el de las leyes que rigen á la naturaleza física. Lo más ideal, lo más bello, lo más sublime que la inteligencia humana produce, obra es de aquellos materiales elementos; la religión, el arte, el derecho, la moral misma, no tienen otros factores principales, y lo prueba el hecho de que creencias, leyes, usos y costumbres jurídicas, reglas de conducta y manifestaciones artísticas que nacieron en una misma fuente y se formaron con una misma prédica, se modificaron y aún se alteraron casi por completo al recibir la avasalladora influencia del espíritu de una raza ó la de un ambiente físico que imponía la adaptación, so pena de debilitamiento y quebranto, á la más férrea voluntad, ó la de un momento histórico que á la acción conjunta de los otros dos factores, unía la fuerza social derivada del desarrollo de las instituciones y de la historia misma de los pueblos y que crece tanto más cuanto mayor es el progreso, así como con la distancia aumenta la velocidad de los cuerpos que caen en el espacio. El pensamiento colectivo, el alma de las naciones, tan espiritual como pueda ser no tiene origen menos material que la idea engendrada por nuestros neurones cerebrales y las voliciones nacidas en nuestros centros nerviosos. Hipólito Taine, el maestro incomparable, nos ha enseñado que la virtud es un producto, lo mismo que el vitriolo, un producto social; y él también nos ha mostrado cómo el arte inmortal de la Hélade, creación de un pueblo sano, independiente de prejuicios y dogmatismos, fuerte como buen hijo de la tierra, de la que no renegó sino al tiempo de morir, arte real, verdadero, humano, fué un producto de la raza, del medio y del momento histórico de aquella nacionalidad.

Hija de un siglo que ha visto formular con energía y conciencia la protesta de las multitudes proletarias contra un régimen social que las subyuga y somete á un Dios material, más poderoso que el Jehova de los libros sagrados, porque tiene existencia real, dueño de la vida y el honor de los hombres, de su bienestar, de su felicidad, que puede castigarlos arrojándolos á la miseria y premiarlos dándoles la fortuna, el «Capital», conocido en tiempos pasados pero nunca tan omnipotente como en los modernos, nuestra república ha debido escuchar tam-

bién esas protestas, traducidas algunas veces en sórdidas agitaciones de rebelión, otras en conscientes manifestaciones de reivindicación y de emancipación social, y ha podido notar que en su territorio, tan vasto, inculto todavía en su mayor extensión, libre del peso de una población intensa y numerosa, han germinado idénticos males é iguales miserias que en los pueblos del viejo mundo, porque es ley de las sociedades constituídas á base capitalista que la miseria venga traída por la riqueza y la civilización. Si hemos de ser una nación adelantada, con la agricultura y la ganadería florecientes, con industrias desenvueltas y apoyadas por las propias y naturales fuerzas del país, que no por procedimientos de artificio, perjudiciales para la inmensa mayoría de sus habitantes, con un comercio no sujeto á los vaivenes de la especulación y de los grandes negocios sino á las necesidades y el consumo de los pobladores y de pueblos comarcanos, por razones geográficas y circunstancias especiales obligados á surtir en nuestro mercado; si hemos de hacerla entrar en el periodo industrialista, no tan lejano que no puedan distinguirse en el horizonte de nuestra evolución económica los indicios que lo anuncian, serán inevitables sus consecuencias sociales, imposibles de conjurar con leyes mas ó menos violentas é imprevisoras, puesto que obedecerán á otras leyes más poderosas y más absolutas, que el legislador humano no puede suprimir ni reformar: los hechos, haciendo los unos de los otros, coordinándose, enlazándose cual los eslabones de una cadena, arrastran consigo, en el espacio y en el tiempo, á los hombres que tratan de encauzarlos y dirigirlos. Si quiere evitarse el funcionamiento de toda la maquinaria, no se mueva la primera rueda; sólo así permanecerá quieto el engranaje. Si hay el deseo de paralizar una función social, habrá que impedir el desarrollo del órgano correspondiente, y aún tal cosa será imposible, porque toda sociedad resiste á la inacción ó la muerte por la potencia misma de la vida: que las fuerzas productivas, latentes en sus entrañas, la impulsan y desarrollan, imponiéndose á los caprichos de los individuos y á los intereses de las clases dominantes.

Las necesidades y aspiraciones de los proletarios modernos, que se manifestaron por la protesta colectiva cuando actuó únicamente el instinto de conservación individual, tradujéronse en un programa neto de reforma social, de mejoramiento íntegro de la personalidad, en el instante en que aquéllos tuvieron la noción de clase y la conciencia

de su poder. Unidos los proletarios de los países progresistas é industriales en un grandioso movimiento, sin igual, —por la manera de su desarrollo, la forma de la lucha y de la propaganda y la finalidad de sus propósitos,—en épocas anteriores, organizáronse en partido de clase y formularon su programa. Los partidos socialistas, que se inspiraron en los intereses de las clases trabajadoras, los defendieron y trataron de satisfacerlos minando el poder de las fuerzas capitalistas, consiguieron desenvolverse con rapidez y bien pronto fueron la expresión genuina de una clase social, la más fuerte allí donde la instrucción consiguió redimir de la ignorancia á las masas obreras, y una amenaza para las clases gobernantes, imperiosamente obligadas á marchar por el camino de las reformas sociales y á otorgar concesiones, después de haber intentado detener la marea socialista con leyes represivas, castigando con penas aflictivas é infamantes á los que, movidos por sus generosos ideales, dieron para la propaganda horas de paz y de sosiego y los mejores años de su vida. El movimiento socialista llegó á adquirir un desarrollo prodigioso: cuando se comprendió que la pretensión de detenerlo era tan irrisoria como la de impedir que las aguas del mar azoten las playas en días de tempestad, los gobiernos reconocieron á los partidos socialistas el derecho á la propaganda de sus principios y les permitieron vivir dentro de la legalidad; entonces, su poder aumentó más todavía, tuvieron influencia en los destinos de ciertos gobiernos, y se buscó su alianza ó su concurrencia cuando las libertades y los derechos democráticos corrieron el riesgo de ser avasallados ó desconocidos por la reacción conservadora y los elementos tradicionales. El socialismo, al dejar las nebulosidades metafísicas para concretarse como fuerza económico-política, mereció el sarcasmo y el desprecio de las clases dirigentes europeas; luego, cuando tomó incremento y amenazó las instituciones de la sociedad capitalista, la persecución de los gobiernos; hoy, aquellas lo respetan y los últimos lo toleran; ha recorrido el periodo de las afirmaciones y de las protestas; no está lejos el momento en que crujan los viejos moldes sociales y la Europa progresista vea su triunfo, tan anhelado por todos los que ansían más bienestar, más justicia y más libertad para todos los hombres.

¿Y en América? La historia se repite. Las naciones de este continente no podrán impedir que el socialismo las invada, más temprano á las unas, más tarde á las otras,

á todas cuando las formas productivas nuevas hayan desalojado por completo á las antiguas y coordinado el modo de la propiedad con el modo de la producción. El hecho no ocurrirá de idéntica manera que en ciertas naciones europeas, porque cada pueblo tiene sus propias y particulares condiciones materiales de existencia, que influyen en sus hechos sociales. No será extraño que el movimiento socialista encuentre en América obstáculos más reales de los que ha tenido en Europa; á las leyes de prevención y de represión que promulgarán los gobiernos, habrá que agregar la falta de educación política de nuestras clases dirigentes, entregadas á la incuria y á la pereza y preocupadas tan sólo por la ambición de poder y fortuna. Los partidos socialistas deberán combatir esos males, si pretenden conseguir que los comicios les abran las puertas de municipios, legislaturas y congresos, y en esta tarea deberán desplegar muchas de sus energías, que los partidos obreros de Europa han podido economizar, empleándolas en otro sentido, porque la cultura democrática estaba hecha y no había corroído el organismo político el fermento del caciquismo y de la oligarquía, de tan desastrosos efectos en las repúblicas hispano-americanas. Así y todo el socialismo, que no será planta exótica en ningún país donde la propiedad privada de los medios de producción y de cambio sea la base de un régimen social, invadirá en su momento histórico á esas jóvenes repúblicas, cuyas riquezas naturales podrán más que la imprevisión y la desidia de quienes las gobiernan como si fueran señoríos feudales más que estados independientes. El Tiempo, que todo lo cambia, porque es la evolución misma, hará la obra, y la historia se habrá repetido, una vez más, en sus admirables síntesis.

De los países de América, los Estados Unidos han visto ya nacer y progresar al partido que defiende los intereses de la clase trabajadora. Hace pocos años, el movimiento socialista era de poca importancia; hoy, adquiere desarrollo considerable. El año 1896, el partido obrero consiguió en la elección presidencial la reducida cifra de 34.000 votos; en las elecciones de 1902, el número de los que obtuvo alcanzó á 300.000 (1). Cualquiera que

(1) *Appeal to Reason*, importante periódico socialista de Girard, Kansas, anuncia en su número correspondiente al 14 de Noviembre de 1908, que, según los datos recibidos, el número total de votos que obtuvo Debs, candidato del Partido Socialista á la Presidencia de la República de los Estados Unidos, en las elecciones presidenciales verificadas á principios del mismo mes, no será menor de 700.000.

conozca el estado de las industrias, la situación económica del proletariado y la evolución de los partidos políticos en aquella república, podrá afirmar, con lógica previsión, que la fuerza del partido socialista aumentará en progresión geométrica en pocos años más. Hay circunstancias especiales que favorecen allí el progreso político de la clase trabajadora. E. Undermann, explicándolas en un artículo sociológico, ha predicho la descomposición del partido demócrata y el triunfo de los socialistas, que cuentan con las palancas poderosísimas de la clase capitalista: los trusts y los cartels, que expropiando á los pequeños industriales y haciendo más precaria la vida de los obreros, harán llegar vertiginosamente, el turno de la expropiación de los reyes de la banca y de la industria (1). Y en su libro *The Industrial Republic*, editado en 1907, el célebre autor de *The Jungle*, Upton Sinclair, dice que, en su opinión, las grandes transformaciones sociales ocurrirán en Norte América un año después de la elección presidencial de 1912, y valiéndose de datos concretos acerca de la situación económica de esta nación y haciendo una comparación, por analogía entre el movimiento antiesclavista que terminó con el triunfo de la *Unión* sobre la *Confederación* y el movimiento proletario, trata de demostrar en el capítulo titulado «La crisis venidera», el lógico é inmediato advenimiento de la *República Industrial*.

Aunque no en iguales términos que en los Estados Unidos, el socialismo está planteado en nuestra república, y son visibles los progresos que hace día á día, motivados por circunstancias generales y especiales, económicas y políticas. El movimiento obrero ha preocupado en ciertos instantes á nuestro gobierno, cuando creyó amenazado el actual orden de cosas por una huelga parcial que por imprevisiones y culpas inexplicables é imperdonables, pudo convertirse en temible huelga de todos los gremios (1902). Comprendió nuestro gobierno la importancia de aquel movimiento, más notoria y alarmante para la clase capitalista por la organización consciente y poderosa de los elementos obreros, puesta por él de relieve, que por la naturaleza de sus manifestaciones inmediatas, y entendió que podía disminuirla promulgando leyes de fuerza ó de coerción. Después de dictadas esas leyes, el movimiento ha sido más intenso; las agrupaciones obreras, desconcertadas en el

(1) «El Socialismo», revista dirigida por Enrique Ferri, año II, número 11. «Tempi nuovi nel mondo nuovo».

primer instante, consiguieron reorganizarse bien presto; y la propaganda económica y política aumentó prodigiosamente, al punto de que en estos últimos tiempos las tribunas populares han recorrido de manera incesante todos los centros obreros y los periódicos gremiales y socialistas han llevado el pensamiento y la acción de los agitadores á las fábricas, los talleres y los hogares. De las causas de este movimiento, sordo para la mayoría de los habitantes de la nación, pero que está infiltrándose por las clases obreras constantemente y llegará á extenderse por las clases que las codean y á preocupar de nuevo á aquellas para las cuales es un peligro, me ocuparé en este estudio, no sin reseñar antes las doctrinas económicas y sociales que han sido difundidas y aceptadas como esperanza de redención y fórmula de mejoramiento inmediato, por millares de trabajadores de esta república.

PRIMERA PARTE

EL COLECTIVISMO

El movimiento socialista que conmueve hoy á todas las naciones civilizadas, es de origen reciente. Los partidos que han organizado y concentrado las fuerzas de las clases trabajadoras, dirigiéndolas hácia un ideal de bienestar y de justicia, no derivan, ni histórica ni lógicamente, de los sistemas comunistas ó socialistas que en diversas épocas formularon pensadores esclarecidos. Estos sistemas no reposaban sobre fundamentos científicos; especulaciones que nacieron al calor de sentimientos generosos, los motivaron, no la realidad de las cosas, más eficaz que todas las ideologías; y antes de hacer el análisis prolijo de la economía capitalista, y de ahondar la estructura de ésta para formular su crítica y encontrar los elementos que la sostienen y explican, echaron la base de una nueva organización de la sociedad. Las causas materiales pueden más que las ideas, resultantes antes bien que agentes principalísimos en la vida de hombres y pueblos, aunque pese á la filosofía hegeliana. Las transformaciones colectivas, como las que ocurren en los individuos, se operan por grados sucesivos; los antecedentes explican y determinan los consecuentes; y todos los génesis no son otra cosa que desprendimientos, más ó menos espontáneos, naturales siempre, de unos organismos de otros. El régimen capi-

talista lleva en sus entrañas los gérmenes de la sociedad colectivista; de manera que la violenta destrucción de aquel, en tiempo en que la gestión estuviese inconclusa, sería tan inútil, perjudicial é ilógica, como la poda de un árbol antes de que adquiriese sólida consistencia.

El socialismo científico había de rechazar los sistemas fundados en un idealismo absoluto y concretarse en un sistema que resultara como derivado lógico é histórico de la organización económica de las sociedades industrialistas. Si quería ser la expresión real de un proceso económico que engendra é! mismo las fuerzas productivas destinadas á producir la disolución de los regímenes capitalistas, no podía inspirarse en Saint-Simon, que soñaba con una sociedad en que solo habría artistas, industriales y sabios, sometidos á los primeros de su clase, en que los bienes serían comunes y la repartición de los frutos se haría con arreglo á la capacidad y á las obras de cada individuo; ni en Cabet, que pretendía constituir la sociedad sobre el dominio común de muebles é inmuebles, dándole la facultad, casi la obligación, de organizar el trabajo y dirigir todos los ramos de la actividad humana; ni tampoco en Owen, que aspiraba á una perfecta igualdad entre todos los ciudadanos, organizados en comunidades federadas que debían sostener las industrias y proveer á las necesidades de aquéllos; ni siquiera en Fourier, el más científico de todos los utopistas, cuyo sistema admitía que la riqueza social fuera repartida en tres partes: una para el talento, otra para el trabajo y la otra para el capital, y organizaba la sociedad en un inmenso falansterio, compuesto de falanges y subdividido en series y grupos, todos gobernados por «la ley de la atracción». Ninguna de estas doctrinas, de tendencias puramente comunistas y no extrañas por su filiación á anteriores sistemas filosóficos, influyó directamente sobre la organización económica y política de las multitudes proletarias; teorías románticas, como han sido llamadas por los expositores de los sistemas socialistas, fueron patrimonio de unos pocos hombres de ciencia, que las cultivaron por convicción pura y con desinteresados fines; y si alguna congregó á sus partidarios en escuela ó secta casi religiosa, y otra ensayó en la práctica la renovación de la sociedad humana por el esfuerzo generoso y altruista de sus adictos, ninguna inició realmente el despertar de las clases obreras á la libertad económica, ni las empujó á la lucha, para que consiguieran abrir los nuevos surcos y manejar el

arado que harán brotar más pronto y recoger tempranamente la siembra de la paz y de la felicidad humana.

Los pensadores que formularon el socialismo científico, en cuyas enseñanzas han recogido sus principios económicos y políticos, los partidos obreros de todos los países, encontraron los elementos materiales para edificar su sistema en la sociedad capitalista, llegada al período de su madurez. Estudiaron su organización, investigaron su desarrollo histórico, analizaron las bases de su constitución, comprendieron las razones de su existencia y encontraron las causas y las leyes de sus movimientos. Conocida su estructura material y económica, pudieron hacer su crítica y señalar todos sus defectos, pudieron ver cuáles eran sus fuerzas, el debilitamiento de éstas como resultado inevitable de su evolución, e indicaron a las clases obreras los medios de que podrían valerse para transformarla en otra más favorable para sus intereses, aprovechando las fuerzas que latían en su fondo. El Manifiesto Comunista, aparecido en Londres en 1847, es la expresión sintética y admirable de estos estudios: documento doblemente notable, por su influencia sobre las doctrinas filosófico-históricas y por la acción que tuvo en el movimiento proletario, marca la era de las agitaciones socialistas; en él se explica con un concepto materialista la historia de las sociedades, se exponen los principios fundamentales de las doctrinas comunistas modernas, las teorías colectivistas, y se traza la línea de conducta que habrán de seguir forzosamente los trabajadores para conquistar su completa emancipación, tan indispensable a fin de que pueda acelerarse el progreso en nuestra época ó en otras más cercana, como lo fué á últimos del siglo XVIII la revolución, que concluyó con el poderío feudal y entronizó al tercer estado en la dirección de las sociedades de tipo industrialista. Sus ilustres redactores, Carlos Marx y Federico Engels, dos emigrados alemanes afiliados á la Federación de los Comunistas, cuyo directorio tenía su asiento en Londres, precisaron las aspiraciones y las vaguedades de los teóricos socialistas, que no habían acertado, por falta de profundos conocimientos en materia económica, con el sistema que debiera reflejar la organización capitalista y desprender de ésta misma los materiales para levantar el nuevo régimen, presentido por la justa ansiedad del proletariado moderno. Aquellos maestros tuvieron sus precursores, de cuyas teorías supieron aprovechar la parte científica que las animaba. Así como la Federación de

los Comunistas tuvo sus antecedentes históricos en la Federación de los Desterrados, que existió en París de 1834 á 1836, y en la Federación de los Justos organizada en Francia durante los años 1836-39, Teodoro Schuster y Guillermo Weitling, miembro de aquella el primero y de la última el segundo, esbozaron algunas de las doctrinas que Marx y Engels concretaron científicamente en el Manifiesto, como lo ha establecido Andler en la introducción histórica y en el comentario de éste (1). Las teorías colectivistas diseñadas en ese documento, robustecieronse con la publicación de «El Capital», la formidable crítica que Marx aplicó á la sociedad capitalista y primera y sólida piedra de la economía política heterodoxa.

El marxismo sostiene que el capitalismo, fórmula económica de las actuales sociedades, no subsistirá por mucho tiempo, porque contiene elementos disolventes, poco acentuados cuando está en el principio de su formación, pero suficientes para debilitarlo y transformarlo en otro régimen cuando haya alcanzado la plenitud de su desarrollo. Reposa sobre una contradicción, y si es verdad lo que Hegel afirma en el terreno ideológico: que la oposición entre la tesis y la antítesis resuélvese en una síntesis lógica; y lo que la experiencia enseña: que cuando los hechos sociales se oponen entre sí, manifiéstanse otros nuevos, sus resultantes, aquella tendrá que desaparecer forzosamente. En la sociedad capitalista, la forma de la producción es colectiva, en tanto que la manera de la apropiación es particular ó privada. El maquinismo, factor de primordial importancia en la evolución industrial, ha hecho que la producción deje de ser individual y se convierta en colectiva. En otro tiempo, el productor era propietario del instrumento de trabajo, fácil de adquirir porque era poco costoso; producía limitadamente, por la imperfección de sus herramientas y la poca extensión del mercado comercial; y aunque no aprovechaba de todos los beneficios de su trabajo, debido á las restricciones é inconvenientes que le imponían los señores y las corporaciones, era dueño de su mayor parte. Entonces á la forma individual de la producción era inherente un modo semejante de apropiación. El taller estaba en el hogar y pertenecía á la familia. La producción no depende hoy de la voluntad de unos pocos; necesita del concurso de muchas fuerzas, del

(1) «Le manifeste communiste, introduction historique et commentaire», tomo II, página 87 y siguientes.

obrero manual, del mecánico, del empresario, y sobre todo de la máquina, ese esclavo de hierro. El taller ha pasado á la fábrica y los miembros de la familia han tenido que separarse para poder aplicar sus actividades de trabajo. La fábrica tiene su patrón, que paga una retribución, determinada ó regulada por la competencia con otros propietarios ó industriales, á los coautores de la mercancía y se apropia ésta para venderla obteniendo una ganancia. El trabajo social y la producción colectiva quedan sometidos á la apropiación particular. Y esto ha sido una consecuencia irremediable del poder económico de la burguesía industrial. Cuando apareció el maquinismo, el salariado no existía, apenas si empezaba á formarse; los trabajadores no se hallaban en condiciones de adquirir los nuevos instrumentos de producción; hicieronse propietarios de la maquinaria quienes disponían de recursos pecuniarios. Formáronse como consecuencia de este hecho, dos clases principales: la capitalista, dueña de las máquinas, con la materia prima para adquirir el predominio industrial, y el proletariado,—incipiente en el primer período de la evolución capitalista, numeroso y en miserable situación económica y moral cuando se apuntaló la gran industria,—que únicamente podía contar con su fuerza de trabajo en la lucha por la existencia.

La clase capitalista ha consolidado su poderío gracias á la máquina,—que devora, como Saturno á sus propios hijos, á quienes la manejan, la enemiga más implacable de la clase obrera,—y á la coexistencia de la competencia industrial y de lo que ha dado en llamarse libertad de trabajo, que han hecho posible una producción ilimitada, en mucho excedente á las necesidades del consumo, pero necesaria para gobernar el mercado. De este exceso de producción resultan la rebaja general de los salarios, primero; la despedida de centenares de obreros, luego; y las crisis por fin, que arruinan á los mismos fabricantes y traen el desconcierto general. Y como también ocurre que las máquinas reemplazan con mucha ventaja al obrero manual y realizan un trabajo mejor y más barato, las consecuencias de esto son que haya exceso de brazos, que los trabajadores se hagan la concurrencia entre sí para colocarse á salario más bajo y que los patrones recurran á quienes les sean menos onerosos y llamen á las fábricas á las mujeres y los niños. Este es el proceso de la esclavitud proletaria, que deprime al trabajador y lo somete férreamente á otro hombre. Pero esta esclavitud desaparecerá en la

marcha de la humanidad hacia la emancipación económica, y como consecuencia de los mismos hechos que actualmente la originan y mantienen, porque, bien lo ha dicho Marx, á medida que aumenta el poder de la clase capitalista, aumenta la miseria, la opresión, la servidumbre, la degradación, la explotación de la clase obrera, y el monopolio del capital llega á ser una traba para el modo de producción que ha preparado con él y gracias á él, la socialización del trabajo y la centralización de sus resortes materiales llegan á un punto en que no pueden contenerse en su envoltura capitalista; esta envoltura va á romperse; la hora de la propiedad capitalista ha sonado; los expropiadores van á ser expropiados á su vez (1).

No concluye ahí la crítica marxista de la sociedad capitalista, pues llega hasta el fundamento de ésta, á fin de revelar todas sus injusticias. Después de haber precisado el proceso de formación del proletariado, hace el proceso del capital, enorme punto de apoyo de la organización burguesa. El valor pi es único ni absoluto, dice Marx. Existen el *valor de uso* y el *valor de cambio*; el primero consiste en la utilidad que tiene una cosa y depende de la mayor ó menor importancia que ésta tenga; el segundo no es otra cosa que una relación *cuantitativa*, como la proporción en que los valores de uso de diferentes especies se cambian recíprocamente. Si una cosa tiene valor de uso, es porque en ella está materializada una determinada fuerza de trabajo humano, de modo que la cantidad de este valor ha de medirse por el *quantum* de trabajo que la cosa contiene. A su vez, la cantidad de trabajo tiene por medida el tiempo de su duración. El trabajo es entonces la fuerza del valor; pero no ha de entenderse que es el trabajo individual, tan variable, dependiente de las aptitudes de las personas, sino que debe considerarse como medida la fuerza del *trabajo social*. Toda fuerza de trabajo individual conseguirá igualarse con otra superior, en cuanto llegue á poseer el carácter de *fuerza social media* y emplee en la producción el tiempo de trabajo socialmente necesario. El producto de trabajo, la mercancía, contiene el valor de la fuerza de trabajo, de la presente y de las anteriores, esto es, la fuerza de trabajo social, é implica la energía necesaria para crear los medios de producción. Ahora bien, la mercancía perte-

(1) Marx, «Le Capital», segunda edición francesa, tomo I, páginas 762 y 793.

nece á un determinado individuo de los tantos que han contribuido á producirla, el capitalista, y éste no la quiere poseer simplemente por el *valor de uso* que tenga, porque para él, siendo aquel relativo, pudiera no tenerlo, sino por su *valor de cambio*, porque espera conseguir con ella una supervalía. De esta supervalía nace el capital. Transformando el dinero en mercancías, que sirven de elementos materiales de un nuevo producto, incorporándoles en seguida la fuerza de trabajo, es como el capitalista transforma el valor del trabajo pasado, ya muerto, convertido en cosa, en capital, en *valor lleno de valor* (1).

Y la producción de la supervalía no es otra cosa que la producción de valor prolongada más allá de cierto límite. Efectivamente, si el proceso de trabajo no dura sino hasta el punto en que el valor de la fuerza de trabajo pagado por el capital es reemplazado por un equivalente nuevo, no hay sino producción de valor. Y es cuando la producción se presenta como unidad de trabajo útil y de trabajo creador de supervalía, que toma el carácter de capitalista, convirtiéndose en producción mercantil de forma capitalista. Sucede así porque la supervalía no pasa á manos del trabajador, y aún suponiendo que el precio del producto sea igual á su valor, aquella se reparte entre

(1) En el número de la «Revue Politique et Parlementaire» correspondiente al 10 de Octubre de 1908, publica Alfredo Fouillée un artículo titulado *Las rentas sin trabajo según el colectivismo*. Afirma en él, pura y simplemente, que la teoría colectivista del valor ha sido reconocida como falsa, y sostiene, en consecuencia, la inexistencia de la existencia de la supervalía. «Cuando Marx nos afirma», escribe, que el obrero trabaja seis horas para él y seis horas para su patrón, lleva una contabilidad tan fantástica como las cuentas atribuidas á Haussmann; también iguala al jefe de una gran empresa ó al autor de un gran descubrimiento con el obrero manual mejor pagado».

Esta argumentación, y semejante es la empleada en todo el artículo, revela que Fouillée no juzga las teorías colectivistas con imparcialidad de criterio, ó que no ha querido considerarlas en toda su extensión. Desde el punto de vista del *trabajo social medio*, no existe diferencia esencial entre la labor realizada por un obrero manual y la de un capitán de la industria: uno y otro, aparte de su energía individual, ponen en su trabajo la habilidad ó la aptitud desarrollada por la técnica industrial á través de diversos períodos de tiempo, y ni uno ni otro tienen mayor mérito personal, porque en el *medio social* han recogido los elementos indispensables para desarrollar su laboriosa acción. El *trabajo calificado* tiene en el tiempo su medida, como el trabajo manual, y en una justa organización industrial, el beneficio debe distribuirse proporcionalmente al tiempo empleado en la confección de la mercancía, calculada en relación á él la labor realizada por sus productores manuales é intelectuales, con prescindencia de calificaciones:

el provecho, el interés y otros hijos del capital, entre diversas personas que quitan al trabajador más de la mitad de su jornada de trabajo.

Con la teoría de la supervalía lógicamente se liga la importante cuestión de la jornada de trabajo. Si la producción de los medios de subsistencia diaria, tales como son necesarios para el trabajador, cuesta seis horas, claro es que el obrero debe trabajar término medio seis horas por día á fin de producir diariamente su fuerza de trabajo ordinario; pero como el capitalista necesita obtener interés y beneficio, recurrirá á las fuerzas del obrero para conseguirlos y hará que sea más larga la duración de su jornada de trabajo. Admitamos, dice Marx, que la línea *ab* represente la duración del tiempo de trabajo necesario, ó sean, por ejemplo, seis horas. Según que el trabajo sea prolongado más allá de *ab* en una, tres ó seis horas, tendremos tres líneas diferentes:

a-b (jornada normal),
a-b-c (1a. jornada de trabajo),
a-b-c (2a. jornada),
a-b-c (3a. jornada),

que representan tres líneas de jornada de trabajo diferentes de siete, nueve ó doce horas. La línea de prolongación *bc* representa la duración del trabajo extraordinario. Ahora bien, como la jornada es igual á *a b + b c*, ó *a c*, varía con la magnitud variable *bc*, y como *ab* es una cantidad determinada, la proporción de *bc* á *ab* puede siempre ser medida, y la tasa de la supervalía nos será dada por la proporción

tiempo de sobre trabajo

tiempo de trabajo necesario

El capitalista, en su interés, prolonga tanto como le conviene esa jornada, este sobretrabajo, que dará tanta supervalía cuanto sea mayor en relación al trabajo necesario; pero el obrero, como vendedor forzoso de trabajo, procura reducir la jornada á su duración normal; y de ahí la eterna lucha entre las clases capitalista y proletaria, que para solucionar el conflicto no tienen otro recurso que la fuerza (1).

Hecha la crítica de la organización capitalista, Marx formula el sistema colectivista, cuyo apoyo más firme estará

(1) Marx, obra citada, capítulos VII, VIII y X.

en la realidad de los hechos. Las antiguas formas productivas van siendo desalojadas por las nuevas. La propiedad colectiva de los medios de producción surge de la sociedad capitalista. En el mundo moderno se realiza una inmensa concentración de los instrumentos de trabajo y de los capitales, en las industrias, en el comercio, aun en la agricultura. La concentración de la riqueza crea un número reducido de privilegiados y arroja hacia el proletariado una multitud de desposeídos. Aumenta así el número de los enemigos de este régimen, y el día en que los expropiados sean numerosos, disminuya el trabajo y aumente la miseria, graves males amenazarán a la sociedad que a tales hechos da origen. La concentración capitalista es indiscutible por lo que respecta a las industrias fabriles. El incesante desenvolvimiento de las sociedades anónimas, asociaciones de capitales con el fin de realizar una obra que no puede ejecutar el esfuerzo económico individual, donde el pequeño capital es acaparado por el grande y sus dueños desalojados tan pronto como conviene a los del último, pruébanlo acabada y claramente. El mismo Leroy Beaulieu, tan conservador en materias económicas, reconoce el hecho. «La producción verificada en grande escala, dice, hace cada día más difícil, casi imposible para los pequeños capitalistas el sostener por mucho tiempo la competencia. Los medios mecánicos obligan a concentrar la industria en vastos locales, a poseer un material considerable, muy complicado, muy costoso, que hay que renovar ó perfeccionar con frecuencia, y á distribuir los gastos generales, que son enormes, á una cantidad también enorme de productos» (1). En gran parte se debe este resultado á la industria mecánica, que como bien lo dice Deville en sus «Principios Socialistas», ha desarrollado prodigiosamente la industria productiva del hombre. A propósito de la concentración comercial, el economista citado antes escribe: «Los progresos administrativos, tales como la mejora del servicio de correos y telégrafos, y la rebaja del precio de transportes de los bultos á mano, conspiran en provecho de las casas principales y les facilitan la tarea de hundir las secundarias é inferiores. Esta concentración del comercio al por mayor asesta un golpe mortal á los comerciantes al por menor, á los corredores y á todos los intermediarios»

(1) Julio Guesde, «El colectivismo», pág. 10.

Y en una obra en que ha procurado probar, sin conseguirlo, que en la sociedad moderna existe una tendencia precisa á igualar la condición económica de las personas, el ortodoxo profesor del Colegio de Francia se ve obligado á reconocer estos hechos: que muchas profesiones individuales desaparecen cada día y pasan al estado de empresas colectivas en nuestro régimen económico; que la concentración quita algo á la *estabilidad social*, pero añade mucho á la *prosperidad pública*; que todas las tendencias financieras y económicas de este tiempo nos conducen á un estado burocrático y administrativo de la sociedad moderna; y en fin, que la *asociación de los capitales* reemplaza y hereda á fabricantes é industrias y se adueña de la producción.

Ante la realidad de estos hechos se pregunta: «¿Debemos vertir lágrimas por la suerte de esos pequeños tenderos desposeídos de su clientela, vencidos en el campo de la actividad social por concurrentes más vigorosos, como los dueños de diligencias lo han sido por los ferrocarriles y los copistas por los impresores?» (1) El profesor entiende que ésto sería «un verdadero abuso de nuestra sensibilidad», y pasa de largo, sin parar mientes en la tendencia que marca la brutal desposesión de los productores por las fuerzas mismas de la sociedad capitalista.

Otra prueba de la concentración industrial, la puede ver cualquiera en los trusts, que tienden á monopolizar la explotación de una industria no sólo en un país determinado, sino en el mercado universal también. Se ha empeñado Bernstein en negar el hecho de la concentración, pero infructuosamente, pues de manera victoriosa lo ha refutado Kautsky, y él mismo ha tenido que reconocer que los dos tercios, sinó los tres cuartos de la producción industrial de Alemania, pertenecen á los grandes fabricantes, á la gran explotación colectivista. Ocurre cosa parecida á lo que sucede en la industria, en la agricultura, aunque en menos escala, por razones especialísimas. Marx estableció en 1864 que el número de propietarios territoriales en Inglaterra y en el país de Gales, que era en 1851 de 16 934, había disminuido en 1861 á 15 066, de suerte que la concentración de la propiedad territorial aumentó en diez años en el once por ciento. En Alemania.

(1) Leroy Beaulieu, «Essai sur la répartition de richesses», Paris, Guillaumin et C., 1888, páginas 318, 322.

el número de jornaleros-propietarios territoriales alcanzaba en 1882 á 866.493, mientras que en 1895 era de 382.872. La pequeña propiedad territorial disminuyó en 13 años en número de 483.621 propietarios, en tanto que durante el mismo periodo aumentó en 71.536 el número de propietarios rurales (1). En Francia la pequeña propiedad territorial era en 1873 de 40,000,000 de hectáreas; 12,000,000 eran cultivadas por arrendatarios inquilinos y otros 12,000,000 por asalariados. (2).

De esta inmensa concentración, que aumenta y se acelera de modo casi prodigioso en los grandes países industriales; de la circunstancia de que los productores han sido cambiados en proletarios y sus medios de trabajo en capital; y del hecho que el régimen capitalista se sostiene por la sola fuerza económica de las cosas, deduce la teoría colectivista la necesidad de la socialización futura del trabajo y sostiene que la transformación progresiva del suelo y de los otros medios de producción en instrumentos socialmente explotados, la eliminación futura de las propiedades privadas, vá á revestir una forma nueva. Consistirá esta nueva forma en la propiedad colectiva de los instrumentos de trabajo, de la tierra, de las fábricas, de las usinas, de las minas, de los medios de transporte y de cambio. El maquinismo, ha escrito Deville, representa la concentración económica y el colectivismo es el complemento de esa concentración. En la sociedad colectivista existirán tantas sociedades cooperativas como ramas principales de trabajo. La tierra, las minas, los ferrocarriles, las fábricas, los buques, los talleres, que pertenecerán de derecho á la colectividad, serán utilizados de hecho por las corporaciones obreras. La doctrina colectivista sobrepone el interés social al interés particular, en lo que está conforme con las ciencias positivas, que han demostrado, como lo expresa Enrique Ferri, que es el individuo el que vive para la especie, siendo ésta sola la realidad eterna de la vida. No sujeta, sin embargo, á los individuos, como lo hace la sociedad capitalista respecto de muchos á quienes dá una libertad nominal en cambio de una verdadera esclavitud económica. El obrero es libre de morirse de hambre en el moderno régimen industrialista. No niega la propiedad privada de ciertos objetos;

(1) Kaustky, «Le Marxisme», P. V. Stock, París, 1900, página 135.

(2) En un discurso pronunciado en el «Congreso americano para el adelanto de las ciencias», reunido en Nueva York el año 1907, el profesor Enrique Call, de Washington, sostuvo que en los Estados Unidos los multimillonarios que representan la centésima parte de la población, poseen el noventa y nueve por ciento de la riqueza de toda la nación.

las cosas muebles podrán acumularse y transmitirse hereditariamente, aunque con ciertas limitaciones; y como lo afirma Laveleye, no excluye el resorte del interés particular, puesto que admite la remuneración proporcionada y que la repartición de la riqueza se haría con arreglo á la *fuerza social media de trabajo* desplegada por cada individuo.

Si el socialismo científico quiere económicamente organizar de manera colectiva la producción de la riqueza, políticamente aspira á la transformación del Estado: quiere convertirlo en una administración pura y simple de las cosas, no de las personas, é indica á los proletarios que deben tratar de conquistarlo para conseguir su completa emancipación.

El Estado, resultado de la lucha entre las clases sociales, es el poder público de coerción que dicta la ley y cobra el impuesto. Las sociedades que hasta aquí se habían movido dentro del antagonismo de clases, ha escrito Engels, necesitaban del Estado: es decir, de una organización de la clase imperante para asegurar sus condiciones de dominación y sobre todo para mantener por la fuerza á la clase dominada en las condiciones de sumisión (esclavitud, servidumbre, salariado), que reclamaba el sistema de producción existente. El Estado era la representación oficial de toda la sociedad, su encarnación en cuerpo visible; pero lo era solo mientras constituía el Estado de la clase que en aquella época representaba la sociedad entera; más desde el momento en que es realmente representante de toda la sociedad, se hace inútil» (1). Y para conseguir que el Estado desaparezca, es menester fortificarlo, que llegue á un periodo de completo desenvolvimiento; que sea, en fin, la expresión de una burguesía poderosa y bien organizada. Parece esto una paradoja y no obstante, es una verdad. Cuando el Estado tenga en sus manos la mayor parte de los medios de producción, cuando pueda él disponer de casi todos los elementos de la riqueza social, lo que habrá de obtenerse «por la infiltración del socialismo en el Estado», para emplear la expresión de Deville, la clase proletaria, que también habrá conseguido organizarse, como la burguesía, en poderosa comunión política, podrá decretar fácilmente la abolición de las clases y la supresión del poder coercitivo que de sus combates emana.

La conquista de los poderes públicos, hecha con el pro-

(1) Engels, «Socialismo utópico y socialismo científico», página 40.

pósito de transformarlos, y no de usufructuarlos, fin exclusivo de los partidos burgueses, constituye la aspiración política de los socialistas y será obra indispensable si ha de ser una realidad la emancipación económica de la clase trabajadora. El colectivismo penetra en los Parla-mentos, y el sufragio de las masas obreras, la soberanía de la inmensa mayoría de los esclavos de este régimen económico, revolucionará pacíficamente las sociedades modernas. El terreno de la lucha de clases debe ser el campo de la acción: el sistema de producción capitalista ha creado en el mundo moderno dos clases numerosas, pero más la una que la otra, la burguesía y el proletariado, con intereses antagónicos, con aspiraciones distintas, con medios económicos desproporcionados, pero con una misma arma política, allí donde existe un régimen democrático: el voto; y es inevitable su encuentro, del que ha de resultar tarde ó temprano la desaparición del salariado, esta última forma de la esclavitud. Todas las luchas que han tenido lugar en el terreno político, religioso, filosófico, ó sobre otro terreno ideológico, ha escrito Engels, no son otra cosa que la expresión, más ó menos exacta, de los combates que han librado entre sí las clases sociales, como sus conflictos han tenido por consideraciones su modo de producción y en fin, el modo de cambio que deriva de este último (1). Esta lucha no admite paliativos retóricos y no podrá evitarse ni aún dictando las reformas sociales más avanzadas. El bienestar de las clases obreras hará que germine más pronto en su conciencia la noción de su fuerza y que el estímulo de la liberación lo arraste á una acción más activa y revolucionaria.

La economía política, «esa organización de la miseria» no detendrá con todas sus «leyes naturales» lo que es obra de las fuerzas productivas modernas. La organización capitalista, ha dicho Marx, no sólo ha forjado las armas que le darán la muerte sino que también ha producido á los hombres que manejarán esas armas, los obreros modernos, los proletarios. En efecto, la industria aumenta y concentra en masas considerables el número de los obreros; éstos adquieren mayor fuerza y tienen conciencia de ella; forman coaliciones contra los patrones, aprovechan las divisiones intestinas de la clase dominante, consiguen leyes que favorecen sus intereses, se organizan en partido político y amenazan con conquistar los poderes públicos. (2).

(1) Le XVIII Brumaire de Louis Bonaparte, de Marx, París, 1900. Prefacio por Federico Engels, página 189.

(2) Kautsky, «Le marxisme», página 91.

Y la clase obrera, que según lo declarado por el congreso socialista de Erfurt, «no puede conducir el combate económico, ni desarrollar la organización económica sin derechos políticos», recoge enseñanzas para precisar su orientación política en el materialismo histórico, que ha fijado luminosamente estas verdades: las relaciones de la producción y de cambio constituyen la estructura económica de una sociedad, sobre cuya base elébase una superestructura jurídica y política y á ella corresponden determinadas formas sociales de la conciencia; en un determinado punto de su desarrollo, las fuerzas productivas materiales de aquella sociedad se encuentran en contradicción con las preexistentes relaciones de la producción, que de formas de desarrollo de las fuerzas productivas, conviértense en formas impeditivas, y de esta manera incuban una revolución social. Explícanse así la evolución de la esclavitud antigua, su transformación en servidumbre, el génesis del salariado, la formación y el triunfo de la burguesía, la decadencia económica de la aristocracia y de la iglesia, la paulatina ascensión del moderno proletariado hácia la capa superior de la sociedad capitalista, y de la misma manera se explican las resistencias de la clase dominante á abandonar el poder que en sus manos tiene y que no cederá á la clase proletaria sino cuando las nuevas relaciones de la producción adquieran toda su intensidad y se superpongan á las preexistentes, reducidas á un debilitamiento absoluto, á ser algo así como el esqueleto de una forma social determinada, y cuando paralelamente á este proceso material de la producción háyanse desenvuelto la conciencia moral y la fuerza política de los trabajadores. En ese momento histórico, habrá terminado la misión de la sociedad capitalista; se realizará la socialización de los medios productivos de la riqueza, de los instrumentos de trabajo y de los medios de cambio, y el Estado no habrá dejado de existir pero estará á punto de desaparecer, porque la evolución no procede á saltos, y del mismo modo que la burguesía tuvo que recurrir á un poder omnímodo para hacer triunfar su Revolución, el proletariado necesitará de una fuerza que organice y realice la reforma colectivista. (1).

E. DEL VALLE IBERLUCEA.

(1) En el No 3, tomo I, la REVISTA SOCIALISTA INTERNACIONAL publicará la Segunda parte de este trabajo.



NOTAS EDITORIALES

El mismo día de las últimas elecciones de diputados nacionales verificadas en esta Capital y ganadas por el

Juicios electorales

gobierno gracias al fraude de sus funcionarios y agentes políticos y á la venalidad de ciertos ciudadanos, resolvió el Partido Socialista iniciar las correspondientes acusaciones contra los autores materiales de los delitos electorales. Los juicios respectivos están en tramitación todavía, pero espérase que una vez reabiertos los tribunales, el Juez Federal dicte sentencia en dos de los más importantes, seguidos por los ciudadanos A. Chagnaud y Miguel Pizza, á quienes patrocinan abogados del Partido. La prueba producida por éstos resulta abrumadora para los acusados, quienes no han conseguido presentar prueba alguna de descargo. De consiguiente, los fallos serán condenatorios é importarán la calificación judicial de fraudulentas de dichas elecciones, ya aprobadas, ¡oh ironía! por la Cámara de Diputados, *único juez de la elección de sus miembros*, según nuestro sistema constitucional. El Dr. Rodríguez Larreta, magistrado que entiende en estos juicios condenó á varios electores falsos á los pocos días de esta aprobación. Sin embargo la «Cámara reaccionaria», digna de Luis XVIII, continúa impasible en su obra legislativa. El Presidente de la República no muestra mayor respeto por los veredictos de la justicia: ha dado un decreto indultando al estudiante Alonso Criado, condenado á la pena de penitenciaría por el Juez Dr. R. Larreta, por estar convicto y confeso de haber presidido con nombre supuesto, usurpando funciones públicas, un comicio durante las elecciones de Marzo del mismo año. Esto importa reconocer solemne, expresa y definitivamente su intervención en las elecciones de referencia, infaustas para la democracia nacional, cubrir con el velo de la impunidad la deshonra cívica de los reos de lesa civismo, consagrar en la práctica la ineficacia represiva de la ley electoral é instaurar el recurso de gracia, que la Constitución ha puesto en manos del Poder Ejecutivo para su uso discrecional, en amparo de delincuentes peores que los delincuentes comunes, porque cometen sus crímenes contra las

instituciones republicanas y las ideas democráticas, y dirigen sus fechorías contra la verdad del sufragio y la majestad de la soberanía popular. El mismo gobierno que no vaciló en hollar el sufragio y

Paz armada no consintió el irrevocable fallo de la justicia, ha puesto el cúmplase á la ley de armamentos sancionada por el Congreso, en la forma impuesta por la Cámara «*introuvable*». El mismo día de la sanción estaba promulgada la ley. El día siguiente aparecía el decreto nombrando los jefes del ejército y la marina que debían correr con lo relativo á las adquisiciones de armamentos. Los comisionados ya están en viaje para Europa. ¡Expeditivo procedimiento! El expedienteo ha desaparecido, siquiera una vez, de la Casa Rosada. Así lo exigían el honor y la seguridad de la Nación, comprometidos desde hacía algún tiempo, aunque la plebe de la llanura no lo creyera! La paz está asegurada. Ahora debe el pueblo aperebir los recursos necesarios para sufragar los gastos militares. Los benefactores de la República sabrán conseguirlos en forma de contribuciones indirectas y de impuestos sobre la producción. Para pagar doscientos millones de pesos se obligará á la clase productora á ahorrar sobre «el hambre y la sed». Ya está, pues, implantado en el país, no obstante la oposición de todos los trabajadores sin distinción de tendencias, de etiqueta ó de matices, el sistema de la paz armada, negación del régimen del trabajo; tenemos ya en «nuestra América» el militarismo crónico, «sistema de descomposición social que contendrá nuestra expansión comercial, aminorará la industria, agotará las fuentes de la producción nacional—la agricultura y la ganadería,—hará disminuir la inmigración, provocará el abandono de los campos, la concentración de sus habitantes en las ciudades y su emigración en masa, desvalorizará la mano de obra, aumentará el costo de la vida y traerá la reducción de los salarios, la desocupación, el hambre y la miseria para la clase obrera». Estas palabras del *Manifesto Socialista contra la paz armada* indican clara y enérgicamente el cúmulo de desastres que el proletariado debe esperar de la *ley de armamentos*. ¿Qué hará el proletariado para impedir su propia ruina?

E. D. I.



París, Noviembre de 1908

«No soy sino un hombre que pasa y doy lo que soy
capaz de dar.

«Otros vendrán, más hábiles, más felices talvez, ninguno más amante del honor de la Francia y de la dignidad de la democracia.»

Tal es la peroración del gran discurso político que monsieur Clemenceau ha pronunciado en Bandoi. Acompañado por su ministro de agricultura, nuestro «Premier National» fué al Var para preparar su campaña electoral y asegurar su reelección en el senado.

El hombre que pasa... con mano elegante y enérgica ha pasado la esponja sobre su pasado político.

¿Era necesario? Después de tantos desmentidos escandalosos, de gestos brutales, de gestos de fuerza imbéciles, ¿podía subsistir la menor duda sobre la profundidad y la vergüenza de la caída?

Treinta meses de ministerio han reducido á este hombre. El autor de *La Mêlée Sociale*, de *Le Grand Pan*, de *Les plus forts* ha naufragado.

El brillante y espiritual periodista, el orador vigoroso y preciso ha desaparecido. No queda sino un clown de seniles muecas, un payaso de circo cansado, exhausto por demasiadas piruetas. El títere falto de fuerzas desaparecerá un día del escenario político. Briand lo mina, Combes lo acecha, Jaurés lo hostiga, Pelletán lo espera á la vuelta de una orden del día. El fin se acerca, un salto mal calculado, una mueca mal hecha, un rebencazo en falso, y nuestro *guignol* se romperá los huesos sobre la pista parlamentaria.

No esperemos ese momento para condenarlo. Mostremos su obra, hagamos su balance, levantemos su horca, pues «el hombre que pasa» ha realizado plenamente la predic-

ción de Vallés: «este hombre acabará en la sangre».

Y, sin embargo, veíase Clemenceau fortalecido en el poder por las elecciones de 1906. La democracia triunfaba, una mayoría radical aplastadora entraba en el *Palais Bourbon*.

La era de las reformas iba á abrirse.

¡Ah, la desilusión fué rápida y cruel!

Courières. ¡Abominable hecatombe!

La catástrofe subleva al país minero; el 16 de marzo de 1906 todo el Pas-de-Calais está de pie; al día siguiente, la cuenca de Auzn lo imita.

El 17, Clémenceau llega á Lens, á la Casa del Pueblo; habla, ¡ah! el grande hombre no titubea. No se dirige al sindicato reformista, no, corre á ver á Broutchoux, al sindicato ultrarrojo.

Predica la calma, promete no enviar tropas. Vana promesa, escandalosa mentira; el 20 de marzo las tropas caían en Lens; Broutchoux es detenido con tres camaradas. El 23, el tribunal de Bethune los condena á 2 meses, 15, 10 y 8 días de prisión.

El furor estalló; en Lens, en estado de sitio, un choque sangriento se produce: el teniente Latour es muerto. ¡Con qué furor aprovechan ese cadáver de oficial! El gobierno se exalta; se podrá reprimir sin titubear; la acción comienza.

El 21 se condena en Bethune, 14 meses de prisión son distribuidos. El 23, 2 meses más. Total, para la cuenta entera: 21 años y 8 meses.

Llegamos al 1º de mayo; ¡hora terrible! Los burgueses se cubren de ridículo; los almaceneros ganan una fortuna. ¡Imaginaos!: la Confederación General del Trabajo movilizaba; todo ha concluido, volveremos á ver los horrores del sitio; y conservas y jamones amontonanse en las despensas de nuestros pacíficos y plácidos burgueses.

¡40.000 hombres de tropa en París, y las gentes honradas aún tiemblan! Clémenceau juega al complot. Por orden del prefecto del Pas-de-Calais se operan 52 arrestos: Griffuelhes, Levy, Menheim, Monatte, Grave, son asaltados así como los diarios «L'Autorité», «Petit Caporal» y otros.

Sin embargo, la jornada es apacible; pero 800 detenciones, de las cuales 200 son mantenidas, la coronan.

La República triunfa... las huelgas continúan: Fres-senneville, Brest, Toulon, Hennebort.

Los tribunales distribuyen 38 años, 5 meses y 6 días de prisión.

1907: huelga en Nantes, 3 muertos; luego, Narbonne; en junio, todo el Mediodía se subleva, las tropas están ahí, los coraceros se muestran... 6 muertos, entre los cuales una joven de 20 años.

El regimiento 17 se subleva, su gesto enérgico prueba a Maujan, teniente de Clémenceau, que «todo este ruido no acaba en una carcajada».

En julio, huelga en Raon-l'Étapé; los huelgistas manifiestan, un capitán de gendarmes quiere apoderarse de la bandera roja, tumulto, tiroteo... un muerto, 29 heridos.

Total en 1907: 9 muertos, 67 heridos, y 4 años, 7 meses y 6 días de prisión son otorgados para asegurar el orden (en esta cifras el movimiento vinícola figura sólo por sus muertos).

1908: Huelga en las Landes; luego Rouen y Vigneux; el 2 de junio Turc y sus gendarmes invaden la sala de reunión y tiran por las puertas y las ventanas: Pierre Lefol y Geobelina muertos, 8. heridos.

El 7 de junio Durupt es detenido y condenado a 3 años (arenga a los soldados de Vigneux).

30 de julio: matanza de Villeneuve: 5 muertos, 150 heridos.

Total: 5 muertos, 300 heridos; 10 años, 10 meses y 25 días de prisión.

Las matanzas, los encarcelamientos no bastan. La «prensa grande» enloquece la opinión burguesa e insta al gobierno para que proceda contra los sindicatos y los funcionarios.

El «hombre que pasa» no titubea. Es un hombre de gobierno, de mano fuerte.

Los empleados del correo se sublevan y firman, junto con representantes de otros sindicatos, una «Carta abierta a Mr. Clémenceau» sobre el derecho sindical. Respuesta: 386 destituciones.

Los institutores, «esos buenos servidores de la democracia», no son tratados con mayores consideraciones: 2 destituciones.

En cuanto a los antimilitaristas: en 1907, 13 años, y 6 meses de prisión; en 1908, 58 años y 11 meses.

Recordemos, de paso, las expulsiones de Iglesias y de Scarpo.

En 30 meses de ministerio, 14 obreros han sido inuer-

tos, 367 heridos, 392 funcionarios han sido destituidos, y se han distribuido 148 años y 4 meses de prisión.

Actualmente, la Confederación General del Trabajo está presa desde hace dos meses; un proceso monstruoso se prepara: el presidio se abre para los miembros de la Confederación.

El gobierno no disolverá la Confederación, ha declarado Viviani en plena Cámara. Pero Clémenceau la decapita, la hostiga, la apresa; ¡qué importa! Clémenceau es el hombre que pasa!

El incidente de Casablanca

Acabamos de pasar un terrible momento, un cruel alerta nos ha angustiado una semana entera: hemos estado al punto de tener la guerra.

¡La guerra! El espanto nos apresa al pronunciar estas tres sílabas que durante ocho días hemos repetido sin cesar.

En verdad, es terrible pensar que dos naciones civilizadas y laboriosas viviendo en paz, han de destruirse mutuamente con el ridículo pretexto de que cinco miserables que alquilaban bien caro su pellejo, arriesgándolo lo menos posible, han desertado su nueva bandera para volver bajo la antigua.

Tal es la historia de los desertores de Casablanca, que sólo ha entrado en esta fase aguda para atenuar el efecto desastroso de la interview del kaiser por el «Daily Telegraph».

El César germánico ha adoptado una vez más una postura grotesca, y, cuando una magestad tan imperial como la suya comete disparates, es necesario que millones de hombres se echen unos sobre otros para masacrarse mutuamente.

Pero sería fácil atenerse únicamente a estas manifestaciones para explicar el génesis de este conflicto que, una vez más, ha sido evitado.

En el fondo, la causa está en la supremacía marítima y comercial de Inglaterra, amenazada por el desarrollo rápido de la industria y la expansión alemana.

Ese es el verdadero antagonismo, el verdadero peligro para la paz europea.

Los capitalistas ingleses, aliados con los franceses, ven sus intereses comprometidos por los capitalistas alema-

nes. Al lado de los financistas están el casco y el espíritu puntiagudo del kaiser y la vesícula biliar de Mr. Clémenceau.

Y nada más.... Ah! algo más es necesario ¡es la «prensa grande», venal y mentirosa. ¡Con qué brío, con qué entusiasmo han marchado nuestros grandes diarios!

Su «chauvinisme» excitado ha mantenido alto el diapason patético.

«El honor nacional está en juego.... No podemos ni debemos retroceder ante el enemigo hereditario.... La razón y el derecho están con nosotros.... *Sursum Corda!*...»

Si el espacio no fuese limitado, podríamos reproducir lo más sugestivo de esta prosa incendiaria y patriótica.

Felizmente, la puerilidad del pretexto ha alejado el peligro momentáneamente.

Queda latente, sin embargo. Se reveló bruscamente en junio de 1905, y Rouvier, presidente del Consejo, tuvo que alejar á Delcassé, ministro de relaciones exteriores. Entonces habíamos enseñado los dientes, habíamos hecho frente, y la prensa nacionalista enorgullecíase de esta aventura como de una victoria.

El peligro persiste, es necesario pensar en él, impedir lo irremediable.

Este terrible alerta habrá permitido ver á los socialistas y á los revolucionarios la insuficiencia de su organización y cuan vano y ridículo es todo el verbalismo revolucionario.

Tal es la gran lección que se desprende de los acontecimientos de ayer.

A pesar de todas nuestras resoluciones, de todas nuestras ardientes fórmulas por la Paz, de todas nuestras afirmaciones antimilitaristas y aun antipatrióticas, no estábamos preparados para oponernos á la guerra.

Es necesario ver claramente nuestras debilidades y comprender que somos las víctimas de la retórica rimbombante de nuestros discursos.

Basta de verba romántica, de frases de efecto, de palabras explosivas; lo que corresponde hacer es, prosaicamente, aferrarse á la realidad.

¿Se habrán votado bastante resoluciones importantes en los congresos del año pasado?

Quiero recordar lo que el partido socialista internacional proclamaba en Stutgart en 1907.

El Congreso declara:

«Si una guerra amenaza estallar, es un deber de la

clase obrera de los países interesados, es un deber de sus representantes en el parlamento, con la ayuda del Comité internacional, fuerza de acción y coordinación, el hacer todos los esfuerzos para impedir la guerra por todos los medios que les parezcan apropiados y que varían, según la agudeza de la lucha de clases y la situación política general. En caso que la guerra estallase deben interponerse para hacerla cesar y utilizar con toda energía la crisis económica y política creada por la guerra, para agitar las capas populares más profundas y precipitar la caída del régimen capitalista.»

En agosto de 1907, los anarquistas, reunidos en el Congreso Internacional de Amsterdam, votaban sin discutirla una moción por la cual «expresaban la esperanza de que todos los pueblos interesados contestarían á toda declaración de guerra por la insurrección y declaraban *pensar* que los anarquistas darían el ejemplo».

Hace poco tiempo, en Marsella, el Congreso de sindicatos adherentes á la Confederación General del Trabajo, recordaba que «los trabajadores no tienen patria». «Es necesario que en caso de guerra entre potencias, los trabajadores respondan á la declaración de guerra por un declaración de huelga general revolucionaria.»

Y bien. Hemos estado *amenazados* por la más espantosa de las guerras. ¿Qué ha salido de tanta declaración? Nada.

Hemos sido tomados de sorpresa ;pero es necesario reaccionar, es necesario prepararnos contra la guerra que mañana vendrá, si no la prevenimos. Es necesario crear una organización especial, emprender una vasta propaganda en todo el país. Es necesario adoptar seriamente la frase de Vaillant: «Antes la insurrección que la guerra».

No esperemos la obra tranquila de los pacifistas; de lo contrario seremos pronto carne de cañón de Francia y de Alemania.

JULIO BERTRAND.

(Para la REVISTA SOCIALISTA INTERNACIONAL)



El proceso Colombán⁽¹⁾

Al iniciarse el proceso Colombán, los pirotinos no eran mucho más que treinta mil; pero estaban desparramados por todas partes y se habían infiltrado hasta entre los curas y los militares.

Les perjudicaba enormemente la simpatía de los juicios más poderosos. En cambio, por su escaso número, gozaban de grandes ventajas y, entre otras, de la seguridad de contar con menos imbéciles que los que superabundaban en las filas contrarias.

Llevado ante sus jueces, en audiencia pública, Colombán pudo apercibirse desde luego que sus jueces no eran muy curiosos.

En cuanto abrió la boca, el presidente le ordenaba callar en nombre de altos intereses del Estado. Con la misma razón, que es la razón suprema, los testigos de descargo no fueron oídos. El general Panther, jefe del Estado Mayor, apareció en la barra de gran uniforme y con todas sus condecoraciones, y depuso en estos términos: «El infame Colombán pretende que no tenemos pruebas contra Pyrot. Ha mentido: las tenemos. Guardo en mis archivos setecientos treinta y dos metros cuadrados, que á razón de quinientos quilogramos cada uno, hacen trescientos setenta mil kilogramos».

(1) Publicamos uno de los más brillantes capítulos de *La Isla de los Pingüinos*. «El proceso Colombán» es el proceso Zola, y Pyrot es el Capitán Dreyfus y los pirotinos son los dreyfusistas. No decimos más, para dejar á los lectores mismos el placer de nombrar los personajes, tan caricaturales y de tanto parecido, que se agitan en esta escena trágica y burlesca.

Este oficial superior dió en seguida, con elegancia y facilidad, una reseña de sus pruebas.

Las hay aquí de todos los colores y de todos los tintes—dijo en substancia;—las hay de todos los formatos: *pol*, corona, escudo, *raisin colombier*, águila mayor, etc. La más pequeña tiene menos de un milímetro cuadrado; la mayor mide 70 metros de largo por 0.90 milímetros de ancho.

A esta revelación el auditorio se estremece de horror.

Greatank depone á su vez. Más simpón pero quizás más arrogante, llevaba un viejo traje gris, y juntaba sus manos por la espalda.

—Dejo—dijo con calma y voz apagada—dejo al señor Colombán, la responsabilidad de un acto que ha puesto nuestro país á dos dedos de su pérdida. El asunto Pyrot es secreto, debe permanecer secreto; si fuese divulgado, los males más crueles, guerras, pillajes, desastres, incendios, masacres, epidemias se abatirían sobre la Pingünia. Yo me consideraría culpable de alta traición si agregara una palabra más.

Algunos personajes de figuración política, entre otros. Mr. Bigourd, juzgaron la deposición del ministro de la guerra, más hábil y de más alcance que la de su jefe de estado mayor.

El testimonio del coronel de Boisjoli hizo gran impresión:

—En una soirée del ministerio de la guerra—afirmó este oficial,—el agregado militar de una potencia vecina me confió que, visitando las caballerizas de su soberano, había admirado un pasto tierno y perfumado, de un hermoso color verde, el más bello que jamás hubiera visto!

—¿De dónde procedía?—le pregunté.

No me respondió; pero el origen no me podía ser dudoso.

¡Era forraje robado por Pyrot!

Sus calidades de pasto tierno, de verdor y de aroma son las de nuestro pasto nacional.

El forraje de la potencia vecina es gris, quebradizo; suena bajo la horquilla y huele á polvo. Que cada uno saque conclusiones....

El teniente coronel Hastaing dijo, en la barra, entre vociferaciones, que no creía en la culpabilidad de Pyrot. En seguida fué prendido por la gendarmería y arrojado

á un calabozo, donde alimentado de víboras, sapos y vidrio molido supo soportar insensible todas las promesas y todas las amenazas.

El ujier llamó:

--El conde Pedro Maubec de los Denticulynx:

Sucedió un gran silencio y se vio avanzar á un caballero magnífico y fanfarron cuyos bigotes subían al cielo y cuyas pupilas fieras lanzaban rayos.

Se aproxima á Colombán, y echándole una mirada de infenable desprecio:

--Mi deposición, dijo, es esta:

MERDE!

A estas palabras la sala entera estalló en aplausos entusiastas y se agitó, levantada por uno de esos transportes que exaltan los corazones y llevan los ánimos á las acciones extraordinarias. Sin agregar una palabra, el conde Maubec de los Denticulynx se retiró.

Desalojando el pretorio, todos los asistentes le acompañaron. Prosternada á sus pies, la princesa de los Boscénos le estrechaba las piernas perdidamente enternecida. Seguía, impasible y sombrío, bajo una lluvia de pañuelos y de flores. La vizcondesa Olive, crispada á su cuello, no pudo desprendérsela y el héroe tranquilo, la llevó flotando sobre su pecho como una ligera escarapela.

Cuando la audiencia, que había tenido que suspenderse pudo continuar, el presidente llamó á los peritos.

El ilustre perito calígrafo, Vermillard, expuso el resultado de sus investigaciones.

--Habiendo estudiado atentamente, dijo, los papeles encontrados en casa de Pyrot, en particular sus libros de gastos y sus libretas de lavado, he reconocido que bajo una apariencia banal, constituyen un criptograma impenetrable, cuya clave he podido hallar sin embargo.

La infamia del traidor se descubre allí en cada línea. En ese sistema de escritura estas palabras «Tres bocks y veinte francos para Adela» significan: «He remitido treinta mil cajas de forrage á una potencia vecina». Por estos documentos he podido llegar á establecer la composición del forrage remitido por este oficial. En efecto, las palabras camisa, chaléco, pantalón, pañuelos de bolsillo, cuellos, aperitivo, tabaco, cigarros quieren decir heno, trebol, gramilla, alfalfa, pinpinel, avena, zizaña, y fleola de los prados. Y son estas precisamente las plantas aromáticas que componían el pasto fragante suministrado por

el conde Maubec á la caballería pinguina. Así Pyrot hacía mención de sus crímenes en un lenguaje indecifrable. Uno se confundía ante tanta astucia unida á tanta inconsciencia.

Colombán, reconocido culpable sin circunstancias atenuantes, fué condenado á la pena máxima.

Los jurados firmaron enseguida un recurso contra tanto rigor.

En la playa del Palacio al borde del río cuyas riberas habían visto doce siglos de una gran historia, cincuenta mil personas esperaban en tumulto la terminación del proceso.

Allí se agitaban las dignidades de la asociación de los antipyrotinos entre quienes se destacaban el príncipe de los Boscénos, el conde Clena, el vizconde Oliva, M. de la Trumella; allí se apretaban el reverendo padre Agaric y los profesores de la escuela Saint-Maél con todos sus alumnos; allí, el monge Domillard y el generalísimo Caragüel, fuertemente abrazados, formaban un grupo sublime y se veía acudir por el Puente Viejo á las mujeres del mercado y de los lavaderos, con escobas, palas, horquillas, paletas y calderas de agua de legía; delante de las puertas de bronce, en los escalones, estaba reunido todo lo que Alca contaba como defensores de Pyrot, profesores, publicistas, obreros, los unos conservadores, los otros radicales ó revolucionarios, y se reconocía por su vestimenta descuidada y su aspecto huraño á los camaradas Phoenix, Larrivée, Lapersonne, Dagobert y Varamville.

Estirado en su fúnebre levita y cubierto con su cilindro de ceremonias, Bidault-Coquille invocaba en favor de Colombán y del coronel Hastaing las matemáticas sentimentales.

En lo alto de la última escalinata resplandecía, sonriente y tentadora, Maniflora, cortesana heroica, celosa de merecer, como Léena, un monumento glorioso ó, como Epicharis, las lisonjas de la historia.

Los setecientos pirotynos, disfrazados de vendedores de refrescos, de camelots y de antipyrotinos, erraban alrededor del vasto edificio.

Cuando apareció Colombán, un clamor tal estalló, que fulminados por la conmoción del aire y del agua, los pájaros cayeron de los árboles y los peces boyaron panza arriba en la superficie del río.

Se gritaba de todas partes:

—Al agua Colombán!... al agua!... al agua!

Algunos gritos surgían:

—Justicia y verdad!

Se llegó hasta oír una voz que vocifera:

—Abajo el ejército!

Fué la señal de un espantoso tumulto. Los combatientes caían por millares y formaban con sus cuerpos amontonados, montañas ahulladoras y movedizas sobre los cuales nuevos luchadores se prendían del cuello. Las mujeres, ardientes, desgñadas, pálidas, los dientes y las uñas frenéticas, se lanzaban sobre los hombres con transportes que daban á sus caras. en la plena luz de la plaza pública, una expresión deliciosa que nunca se había podido sorprender en la sombra de las cortinas ni en las dulzuras de la almohada.

Van á apoderarse de Colombán, morderle, estrangularle, descuartizarle, hacerle añicos y á disputarse los despojos, cuando Maniflora, grande, pura en su túnica roja, se levanta serena y terrible, ante esas furias, que retroceden espantadas. Colombán parecía salvado; sus partidarios habían conseguido abrirle un camino á través de la Plaza del Palacio y montarlo en un fiacre apostado en el rincón del Puente Viejo. Ya partía el caballo al trote largo, cuando el príncipe Boscénos, el conde Clena y M. de Trumelle sacaron al cobero de su asiento y haciendo recular al caballo y moverse las ruedas grandes delante de las pequeñas llevaron todo el atalaje á dar contra el parapeto del puente, desde donde lo arrojaron al río entre los aplausos de la muchedumbre enloquecida. Con un chasquido sonoro y fresco brotó un penacho de agua; después no se vió más que un leve remolino en la superficie deslumbrante del río.

Casi en seguida, los camaradas Dagobert y Varambille, ayudados por los setecientos pyrotinos disfrazados, arrojaron al príncipe de Boscénos de cabeza en una barquilla de lavanderas, en la que se transfiguró lamentablemente estropeado.

La noche serena descendió sobre la plaza del Palacio y esparció sobre los restos inícuos de la última contienda el silencio y la paz. En tanto, á tres kilómetros río abajo, á la sombra de una fuente, agazapado, fastidiado, en compañía de un viejo caballo estropeado, Colombán meditaba sobre la ignorancia y la injusticia de las plebes.

—Este asunto—se decía—es más complicado de lo que yo imaginaba. Preveo nuevas dificultades.

Se levantó y, acercándose al desgraciado animal:

—¿Qué les habías hecho, pobre amigo?—le dijo—Por causa mía es que te han maltratado tan cruelmente.

Abrazó á la bestia infortunada y le estampó un tierno beso en la blanca estrella de su testuz. Luego, tirándola de la brida y cojeando, la condujo á través de la ciudad dormida, hasta su casa, y allí un sueño reparador le hizo olvidar á los hombres.

ANATOLE FRANCE.

Traducción de P. C. AMESTOY.

CeDInCI



EL MOVIMIENTO SINDICAL EN LA REPUBLICA

Los gráficos y el arbitraje

En la asamblea general de los obreros del libro celebrada el 10 de diciembre en esta capital, ha quedado terminado el trámite preliminar para la renovación del convenio caducado el 14 de noviembre último. En este acto se aprobaron los estatutos que han de regir las deliberaciones de la comisión mixta, formada por patronos y obreros gráficos.

La actuación sindical de este gremio, circundada por una aureola de inteligencia práctica, gira alrededor del tribunal mixto, cuyo carácter y funciones permanentes constituirán el parapeto blindado que rechazará los ataques capitalistas, sirviendo a la vez de trinchera proletaria.

Desde luego, la asamblea del 10 ha robustecido su acción, dándole personería legal. Esta rotación tiene suma importancia para la organización de los obreros de la imprenta e implica en estos trabajadores un conocimiento exacto de las ventajas que para los intereses en litigio encierra la constitución del tribunal mixto.

Reproducir todas las cláusulas contenidas en el estatuto, sería innecesario, pero á objeto de ilustrar á nuestros lectores dejaremos constancia de las más importantes.

La vigilancia del convenio, como la solución de todas las dificultades y conflictos individuales ó colectivos que se suscitaren respecto al reglamento de trabajo y tarifa de salarios entre los miembros de la sección Artes Gráficas de la Unión Industrial Argentina y sus obreros, estará á cargo de una comisión mixta de patronos y obreros, compuesta por ambas partes de igual número de delegados.

Cuando no pudiera resolverse por sí misma la dificultad ó conflicto, se someterá á resolución de un tercero, reputado imparcial, nombrado para cada caso de común acuerdo entre sus miembros.

Las vacantes por fallecimiento ó renuncia se llenarán por nombramiento directo de los delegados de la parte en cuyo seno se hubiere producido y dentro de un plazo no mayor de cinco días hábiles.

Habrán dos secretarios, patronal y obrero, debiendo convocar á reuniones la parte iniciadora, con 24 horas de anticipación. El quorum para las reuniones de la comisión será de un número igual de delegados patronos y obreros, no menor de tres; si una de las delegaciones tuviese mayor número de delegados presentes que la otra, no podrán votar los delegados presentes cuyos colegas de la otra parte estuviesen ausentes. Tres faltas consecutivas por inasistencia de las delegaciones hará caducar la comisión, motivando esta caducidad una declaración pública de la parte contraria. La caducidad de la comisión implica también la caducidad de todo el convenio. La aceptación del nombramiento de esta comisión por las respectivas asambleas, impone el acatamiento de las resoluciones que la comisión ó el tercero que ella hubiere designado adoptaren, tanto por parte de los propietarios de establecimientos gráficos que componen la sección Artes Gráficas de la Unión Industrial Argentina, cuanto por parte de los obreros de dichos establecimientos.

En el estatuto figura una cláusula de la mayor importancia, que determina la duración del convenio en dos años y medio, autorizando su renovación seis meses antes, para que las partes propongan las modificaciones convenientes.

Durante los debates de la asamblea, originó una viva polémica la cláusula condicional que obliga á la Federación Gráfica Bonaerense y á la Sección Artes Gráficas de la U. I. A. á hacer cumplir el convenio á los patronos y obreros no asociados, á cuyo efecto, la F. G. B. hará ingresar en la sección patronal las casas que no pertenezcan á ella y entonces los miembros de esa sección no tomarán sino personal asociado á la F. G. B.

Aunque la asamblea se mostró contraria á esta modificación, creemos que la conveniencia de esta cláusula no necesita mayores explicaciones. Si bien es cierto que los industriales tratan de «exterminar» al pequeño capitalista anulando su competencia, en cambio, no es menos cierto que esta medida reconcentraría en los grandes establecimientos mayor número de obreros y el convenio vigente sería de una realidad completa, con beneficio positivo para la organización sindical de estos trabajadores, quienes frente al sindicato patronal pondrían las fuerzas disciplinadas y homogéneas de un gremio compuesto por 8.000 hombres.

Sin embargo, el voto de la asamblea le fué adverso,

pues todo no puede ser uniforme y desde que comenzó á debatirse el problema, surgieron los opositores de la comisión mixta y del arbitraje, sancionado por muchos que lo rechazan teóricamente, pero que colocados en el terreno de la lucha, lo encuentran muy aceptable.

Estos impugnadores dicen que los capitalistas sacarán por ese medio la cuestión del terreno obrero para entregarla á un procedimiento burgués, con sumarios, sentencias, fallos, jueces y otras cosas parecidas.

Agregan que por lo general el árbitro es un miembro de la burguesía.

Pero cuando patrones y obreros no pueden entenderse sobre un punto determinado del debate y armónicamente se inclinan por el árbitro, éste desempeña un papel importantísimo, desde que al zanjar la dificultad, facilitará un arreglo que de otro modo podría conducir á una lucha estéril y llena de sacrificios, que en el mejor de los casos es preferible evitar, sin menoscabo de los derechos é intereses en discusión.

Pero los sectarios del dogma, los eternos é «infalibles sabios», encuentran que si el árbitro falla favorablemente á los asalariados, generará en la mente de éstos la idea de sumisión, de reconocimiento hacia aquél, pues poco avezados á la lucha se formarán «un criterio equivocado», alimentando «una esperanza ilusoria», desde que el triunfo de sus reivindicaciones no se deberá al esfuerzo de ellos mismos sino á la intervención de un «tercero».

Nos parece flogísimo el argumento. La intervención de «un tercero», es una imposición de hecho, desde que imposibilitado el debate, compulsadas las fuerzas de los litigantes, se acude al árbitro para solucionar diferencias que originarían el estallido de un conflicto, envolviendo en la lucha á ambos con posibilidad de futuras contingencias imprevistas; que podrían determinar el descalabro de la parte más necesitada de triunfar.

A la previsión se le tilda de inconsciente, pues al árbitro se le asigna el papel de instrumento del enemigo. Es que se quiere la gimnasia, el sacrificio obrero, sin ventajas prácticas, acarreador de desalientos, de desastres societarios, cuya dolorosa realidad nos ofrecen por igual todos los sindicatos obreros de esta ciudad.

La intervención del árbitro no saca al conflicto de su terreno natural, del campo de la producción; al contrario, lo acerca más, lo conserva en un terreno de inteligencia

práctica, contribuyendo á elevar la educación del proletariado.

El ejemplo surge evidente de lo «hecho» por estos teorizantes á la inversa. El gremio gráfico durante la huelga de 1906 fué dirigido por elementos sindicalistas, anarquistas y socialistas. Los primeros fueron quienes con más vehemencia defendieron la comisión mixta, puesto que eran sus proponentes ante la comisión patronal. La realidad, la situación difícil después de 54 días de paralización del trabajo los obligó á renunciar á sus «argumentos teóricos», convirtiéndose en defensores de sus enemigos en doctrina.

Y esto qué significaría? Que las circunstancias enseñan, marcando de una manera precisa el rumbo que debe seguirse, pues los intereses en pugna no necesitan para su solución del consejo sectario y estrecho, sino empaparse en los acontecimientos, tomarlos, deducir lo que conviene adoptar y pronunciarse por lo más adecuado á la solución del problema.

Plantear en estos instantes de expectativa para el gremio, que tiene la mirada fija en la comisión mixta, una discusión doctrinaria sin mayores alcances, es renunciar á la vida real, es engolfarse en un enjambre de discrepancias que concluirán por entorpecer la buena marcha de los debates iniciados por las comisiones obreras y patronales.

El gremio necesita unión, máxime cuando, como hoy, su organización no está muy segura, tambaleándose sobre débiles cimientos, que al menor soplo del temporal huelguista rodaría hecha añicos.

Trabajemos todos; unos en la comisión mixta, otros en fortificar la organización actual. La experiencia misma irá acumulando concretos, que compilados servirán de norma de conducta para el futuro.

La fusión obrera

No se ha adelantado nada sobre este asunto. Se anunció con mucha anticipación que el mes corriente se celebraría un congreso para discutir las bases de unificación de las fuerzas obreras, pero realmente vemos que lo más práctico sería que esas fuerzas dedicaran sus energías á concentrarse, á multiplicar sus socios, á formar organismos reales y no ficticios, cuyo porcentaje de aso-

ciados causa lástima. Gremios de 5.000 hombres, cuentan con 300 ó menos sindicados.

Sin embargo, esto no quiere decir que en principio seamos contrarios á la fusión proyectada. Señalamos un detalle que nos parece importante, pues entendemos que el ejército proletario para librar batalla eficaz contra el capitalismo, debe disciplinarse, constituir un todo homogéneo y esto sólo se consigue con numerosos cotizantes, que son á la vez parte interesada en el triunfo colectivo. Después se impone la concentración, el agrupamiento federativo, como fortaleza de defensa de una organización que ha dejado de ser débil y que siente la necesidad de refundirse, para orientar más uniformemente su acción y su propaganda.

Las huelgas

La trónica de los movimientos huelguistas no ocupará seguramente, por algún tiempo, mucho espacio de esta «Revista».

La desorganización general de la clase obrera del país determina la paralización de la lucha por el mejoramiento económico de los trabajadores ocupados en los diversos gremios de la industria ó empresas de servicio público.

La ausencia momentánea, aunque no completa, de este fenómeno social, da pábulo á los «superficiales» ó interesados en el descrédito de las ventajas que estas luchas acarrearán al proletariado, para que borden los más alegres comentarios.

La lápida de la indiferencia cubre sus destemplanzas. El quietismo de hoy, producto de una evolución sindical en germen, los reducirá mañana á un silencio de cementerio, pues mientras el capitalismo subsista, el explotado bregará por obtener su emancipación total del yugo que lo imposibilita para gozar de una vida más en armonía con sus condiciones humanas.

Sin embargo, el achatamiento no es tanto como para que los patrones puedan ejercitar impunemente sus arbitrariedades contra los obreros bajo su dependencia.

De ahí algunos estallidos huelguistas sin mayor importancia, que son como fogonazos de patrullas avanzadas dando el alerta al enemigo, advirtiéndole que á retaguardia se aglomera y disciplina el grueso del ejér-

cito, para trabar reñida batalla con la burguesía industrial, que detenta y usurpa el fruto del esfuerzo ajeno.

Varios casos aislados se han producido durante el mes que no mencionamos porque no merecen mayores detalles. Se trata de movimientos espasmódicos, productos de una injusticia patronal, que sin base de acción ni organización consciente, desaparecen tan pronto como comienzan.

La lucha algo seria es la que sostienen los obreros canteros del Tandil, cuyos pormenores hemos publicado en el número anterior. En general este conflicto se mantiene estacionario.

LUIS N. GRÜNER.

CeDInCI





Revue du Travail, 13º año, núm. 10, Bruselas.—*Corte de arbitraje para los conflictos del trabajo*.—El ministro de comercio de la Gran Bretaña ha resuelto crear una corte de arbitraje para conocer las diferencias entre patrones y obreros. Se mantiene el mecanismo de la ley de 1896 sobre la conciliación. El *Board of Trade* podrá continuar, como en el pasado, designando un árbitro a demanda de las partes. La nueva corte de arbitraje, que funcionará en los sitios donde sea llamada, se compondrá, a elección de las partes, de tres ó de cinco miembros. Estos serán nombrados por el *Board of Trade* de entre tres listas. La primera, de entre la cual será nombrado el presidente, estará compuesta de personas que gocen de una gran consideración y de una imparcialidad bien establecida. La segunda comprenderá aquellas personas que, no teniendo ninguna diferencia que resolver, pertenezcan a la clase de los patrones. La tercera estará compuesta de obreros y tradeunionistas en la misma situación. En fin, el *Board of Trade*, á solicitud de la corte ó de una de las partes, podrá designar asesores técnicos que puedan tomar parte en las deliberaciones del tribunal, sin voto.

The International Socialist Review, vol IX, núm. 4, Chicago. *Creimiento del socialismo en Australia*, por H. Scott Bennett.—Reconociendo la necesidad de unirse para presentar una sólida fuerza al enemigo, se celebró hace dos años en Australia una conferencia de socialistas, de la cual nació la presente *Federación Socialista*. En la segunda conferencia celebrada en Junio de 1908, los delegados representaron á varios miles de militantes. La Federación es francamente revolucionaria y se ha declarado contra el espíritu absolutamente reformista del *Partido del Trabajo*. Ha hecho también una campaña antimilitarista. Tres periódicos se publican por los partidos afiliados á la Federación: «El Socialista», órgano del Partido Socialista de Victoria; «La Llama», órgano del Partido Socialista de Broken Hill, y la «Revista Socialista», órgano de los Socialistas Internacionales de Nueva Gales del Sud. Se decidió en la última conferencia la fusión de los tres periódicos, á fin de que la Federación publique un periódico semanal y una «Revista Internacional», mensual. Tom Mann, organizador del Partido Socialista de Victoria, ha salido para Nueva Zelândia para impulsar allí el movimiento socialista.

Annales des Sciences politiques, año 23, VI, París.—*El movimiento de los salarios*, por E. Levasseur.—El autor sostiene que ha existido siempre el salariado en las sociedades, aún en los comienzos de la civilización. Se encuentran ejemplos en la Iliada y en la Odisea. Solo por un

juego del espíritu y forzando los hechos, algunos escritores han sostenido que el trabajo ha estado sometido á tres regímenes distintos y sucesivos: la esclavitud, la servidumbre y el salariado. Se encuentran edictos de máximo de los salarios en la edad media y en la moderna. Han sido dados en épocas en que, á consecuencia de la afluencia de metales preciosos ó de la alteración de la moneda, el poder adquisitivo de la plata disminuía rápidamente. Cita varias ordenanzas de este género dictadas en Inglaterra (1349-1470) y en Francia (1831, 1834, 1720, 1793). En estos casos si la ley interviene, es no para elevar los salarios, sino, al contrario, para impedirlo. El máximo decretado por la Convención es también una barrera para impedir la elevación del salario. Durante la Constituyente, la Municipalidad de París prohibió las coaliciones de los obreros albañiles que reclamaban un aumento; la actitud de estos fué la causa determinante de la ley del 14-17 de Junio de 1791 que prohibió á los obreros formar asociaciones corporativas. Estudia luego el valor de los salarios durante la Edad Media y las variaciones del salario nominal en Francia en los siglos XIX y XX. Publica la siguiente escala de índices de la tasa media de los salarios en Francia, de diez en diez años, desde comienzos del siglo XIX:

1806.....	46.5	1860.....	64.5
1810.....	47	1870.....	76
1820.....	58.5	1880.....	92.5
1830.....	50	1890.....	98
1840.....	52	1900.....	100
1850.....	55.5	190.....	104

Esta escala demuestra: 1º un aumento general de diez en diez años; 2º que el aumento ha sido muy lento de 1806 á 1850 (la industria estaba entonces bajo un régimen ultraproteccionista); 3º que el aumento ha sido rápido de 1850 á 1880 (la industria estuvo durante ese tiempo bajo un régimen aduanero liberal); 4º que el aumento disminuye después de 1880 (el régimen proteccionista se reconstituye durante este tiempo); 5º movimiento ascendente más acentuado en 1900.

Les documents du Progrés, Setiembre 1908, París. *El divorcio*, por Pablo Margueritte.—El restablecimiento del divorcio en Francia, después de la hermosa campaña de Alfredo Naquet, fué la liberación de la sociedad civil, su emancipación de la Iglesia. Antes de que el divorcio fuese establecido, puede decirse que nuestro matrimonio civil no difería en sus consecuencias del matrimonio religioso fundado sobre la indisolubilidad. Refuta las principales objeciones hechas contra el divorcio. Este no destruye la familia, llamada célula social; para afirmar que los malos matrimonios, las uniones detestables y detestadas son mejores para la grandeza y la salud de un país que su violación y reemplazo por otros más felices, sería preciso cerrar voluntariamente los ojos á la realidad, ó declarar que el sufrimiento estóico de las víctimas es una cosa excelente y que el recurso precioso del adulterio no es un bien menor. Dicese que el divorcio encamina hacia la unión libre. Es posible que esta sobreviva un día al matrimonio; pero tales evoluciones no se realizan sino con una extrema lentitud: únicamente la transformación de las formas sociales las determina, en condiciones de fatalidad tales que todas las recriminaciones del mundo resultan impotentes y vanas. La unión libre hoy en día no puede ser más que una elección reflexiva hecha por principios, ó una necesidad de existencia dignamente sufrida por seres conscientes de los deberes que ella impone. El viejo matrimonio, impregnado de herencia religiosa, fundado sobre hábitos seculares, continuará siendo durante largo tiempo la regla de las uniones, siempre que

leyes más justas lo adapten a las necesidades del progreso. En cuanto a lo fatal del divorcio para los hijos, basta con hacer notar que lo fatal para ellos es la desinteligencia de sus padres y no el divorcio, que solo es su testimonio. Impedid entre las gentes el odio y el desprecio, haced tolerable esa incompatibilidad de caracteres que causa tantos mártires conyugales y suprimireis el divorcio. Rehúsalo a quienes tienen hijos no importaría preservar a estos, sino que los harían testigos impotentes o cómplices desastrosos de escenas dolorosas, de espectáculos de ultrajes, de golpes, de degradaciones de toda clase, ejemplos tan deplorables para su sensibilidad como para la formación de su moralidad. Es necesario extender las causas del divorcio, por el consentimiento mutuo de los esposos primero, por la voluntad de uno solo después. El matrimonio no obliga solamente intereses materiales, sino también, el cuerpo y el alma. Para ser durable supone que el acuerdo armónico que liga a los esposos se prolonga y aumenta. Cuando uno de ellos falta gravemente, el contrato queda roto de hecho. La ley del cómplice ha pasado en Francia: ella permite a aquellos que motivaron el divorcio por causa de adulterio, reparar el daño hecho a su nuevo compañero de vida y legitimar la segunda unión. Pero para ser completa esta ley debe comportar la legitimación de los hijos adulterinos. Es inútil que estos, inocentes siempre y siempre irresponsables, no habiendo solicitado su nacimiento, no queden como parias sacrificados y fuera de la ley, cuando sus padres entren con la cabeza erguida en la vida regular. El Senado ha autorizado esta legitimación solo en dos casos: cuando hay desconocimiento de la paternidad por el padre legal, o cuando hayan transcurrido 300 días después de haberse señalado judicialmente a los conyugues, un domicilio separado. El Senado ha consentido la transformación del derecho, al cabo de tres años, de la separación de cuerpos en divorcio, a pedido de una de las partes. Próximamente se presentará al parlamento el proyecto de ley Viollette, estableciendo el divorcio por consentimiento mutuo. Estamos todavía en pleno salvajismo, porque el adulterio puede ser perseguido criminalmente, cuando no constituye un delito social, sino una venganza del conyugue ultrajado, y suele todavía ensangrentarse por *vendettas* trágicas, gracias al abominable artículo rojo del código penal que excusa el homicidio cometido sobre la esposa infiel. Es indispensable que a una política de expedienteo electoral, suceda el estudio franco y resuelto de las grandes cuestiones sociales: una de las primeras etapas es la transformación de las leyes sobre el matrimonio. El divorcio integral forma parte de las libertades del mañana.

ANTONIO ZACCAGNINI.



Se celebra en el Club Vorwaerts de Buenos Aires, con mucha concurrencia, una manifestación de protesta contra los armamentos, organizada por la Federación Obrera Argentina y la Unión General de Trabajadores. Hacen uso de la palabra los ciudadanos Bagiotti, Montesano, Lorenzo y Manresa Herrero, condenando la paz armada y haciendo declaraciones antimilitaristas.

El Reichstag rechaza varias enmiendas propuestas por los diputados socialistas a la ley concerniente al trabajo de las mujeres y los niños.

En la sesión del Reichstag el diputado socialista Le-debour, exige la adopción completa del sistema parlamentario, la elección de los ministros por el parlamento y el consentimiento del mismo para el caso de una declaración de guerra.

La Cámara Federal de Buenos Aires confirma la sentencia del Juez Federal doctor Rodríguez Larreta, condenando a la pena de cuatro años y seis meses de penitenciaría a Luis Ghessi y Domingo Alvizúa por infracción a la ley electoral cometida en las célebres elecciones del 8 de marzo de 1908.

En la Casa Suiza de esta ciudad se verifica un mitin contra la trata de blancas, haciendo en él uso de la palabra los ciudadanos doctores Peña, Albarracín y Palacios.

Un grupo considerable de vecinos de Astrabad se dirigen a los representantes de las potencias en Teherán, pidiéndoles que interpongan su influencia ante el chá para conseguir el restablecimiento de la constitución persa.

El jefe de policía de Buenos Aires hace pública la noticia de una tentativa de huelga de agentes de policía é injustamente reduce a prisión a siete de ellos.

1- Manifestación antimilitarista

Ley del trabajo en Alemania.

2- Sistema parlamentario en Prusia.

3- Delitos electorales

Contra la trata de blancas.

4- La constitución en Persia.

Huelga de vigilantes

Régimen constitucional en China

5. El movimiento feminista en Inglaterra.

8. La pena capital en Francia

Ejecuciones capitales en Rusia.

10. Contra los chinos

11. Los privilegios de los lores.

12. Elección de Lerroux

Manifestación republicana española.

14. El trabajo en las minas.

15. El presupuesto en Austria.

16. Paz armada en la Argentina.

Comunican de Pekin que ha aparecido un decreto del emperador otorgando una constitución al imperio.

Se efectúa en Albert Hall (Londres) un mitin organizado por la Federación Liberal de Mujeres, en el cual Mr. Lloyd George, ministro de hacienda, declara que el gobierno está resuelto á introducir en el proyecto de ley electoral una cláusula acordando el voto á las mujeres.

La cámara de diputados pone fin al debate sobre la abolición de la pena de muerte y resuelve mantenerla por inmensa mayoría de votos.

Los distintos tribunales del imperio imponen en este día 37 sentencias capitales á reos políticos y se llevan á cabo 17 ejecuciones.

En Melbourne (Australia), la cámara de representantes adopta un proyecto de ley condenando á los armadores con cien libras esterlinas de multa por cada empleado chino que tengan en los buques.

Se celebra en el Club Liberal de Londres un congreso en honor del primer ministro, por la derrota del gobierno al gestionar su proyecto de ley contra las tabernas, aprobado por la cámara de los comunes y rechazado por la de los lores. Mr. Asquith pronuncia un importante discurso contra los privilegios parlamentarios de esta cámara, cuerpo irresponsable que representa á los electores sin ningún título para ello.

Se verifican elecciones de diputados en Barcelona y resulta electo por 29.000 votos Alejandro Lerroux, expatriado actualmente en la República Argentina.

En el Rosario celébrase una importante reunión en el teatro Colón en honor de Lerroux. Hacen uso de la palabra los librepensadores argentinos doctores Rivas, Quiroga y Pigneto, el estudiante Moré y los republicanos españoles Rocha, Cuadrado y Lerroux.

La cámara de los comunes de Inglaterra adopta en tercera lectura, por 264 votos contra 89, el proyecto de ley estableciendo la jornada de ocho horas para los mineros (?).

Los diputados socialistas al parlamento austriaco votan el presupuesto para 1909.

La cámara de diputados en sesión secreta y por 49 votos, rechaza las modificaciones introducidas por el senado al proyecto sobre armamentos, que queda convertido en ley. El P. E. la promulgó en el día.

Se inauguran en Constantinopla las sesiones del parlamento otomano, reunido de acuerdo con los preceptos de la Constitución otorgada por el sultán y debida á la revolución de los Jóvenes Turcos.

El general Gómez, vice-presidente de la república, cambia la situación política, reemplazando en el gobierno á los ministros que respondían al presidente Castro, ausente en Europa. La nueva administración gestiona la solución de los conflictos pendientes entre Venezuela y varias naciones europeas.

En la cámara, los diputados Turati, Manti, Guarneri y otros combaten el proyecto de reformas al régimen carcelario, sosteniendo que tales reformas convertirán los establecimientos penales en escuelas de delincuencia.

La Cámara de Diputados de Bélgica aprueba un proyecto de ley otorgando á las mujeres el derecho de votar y de ser elegidas para formar los consejos de «prudhommes».

El Santo Sínodo de Rusia lanza anatema contra los sectarios de Juan de Cronstadt, heresiarca nacido en 1829 que fundó una casa de trabajo y refutó las doctrinas de Tolstoi.

Los tribunales federales de los Estados Unidos condenan á un año de prisión al presidente de la Federación del Trabajo y á nueve meses de cárcel al vice-presidente y al Secretario de la misma.

Se firma en Washington entre los Estados Unidos y la República Argentina.

Se inauguran en Santiago de Chile las sesiones del 4º Congreso Científico Latino Americano (1º Panamericano).

Se celebra en Buenos Aires en la Plaza de Mayo para protestar contra la ley de armamentos y el militarismo.

El tribunal de Riga condena á cuatro años de trabajos forzados y al destierro después de purgada la pena á dos estudiantes, por formar parte de las asociaciones escolares del Partido Socialista.

En Budapest se lleva á cabo la huelga general declarada por las Uniones Obreras Socialistas.

J. DE H.

17. El parlamento turco

18. Revolución en Venezuela.

Régimen carcelario en Italia.

19. Voto de las mujeres.

20. Excomunión de un hereje.

22. Condena de militantes obreros.

Tratado de arbitraje.

25. Congreso científico

27. Meeting anarquista.

30. Condena de estudiantes rusos.

31. Huelga general en Hungría.



Regulation of the liquor traffic, Anales de la Academia americana de Ciencias políticas y sociales. *Filadelfia*.

El sociólogo Enrico Ferri y sus conferencias argentinas, por Ernesto Quesada, *Buenos Aires*. Librería de J. Menéndez.

Les Etats-Unis puissances mondiale, por Archibald Cary Coolidge. *Paris*. Librería de Armand Colin.

Les peuples aryens d'Asie et d'Europe, por M. Zaborowski, *Paris*. Octavio Doin.

La Naissance et l'Epanouissement de la Matière, por Gustavo Le Bon. *Paris*. Sociedad del «Mercure de France».

Les Harmonies de l'évolution terrestre, por Estanislao Meunier, *Paris*. Sociedad del «Mercure de France».

Una proscripción bajo la dictadura de Syla, por Carlos Ibarguren. *Buenos Aires*. Arnaldo Moen y Hno.

Le droit social, le droit individuel et la transformation de l'Etat, por León Duguit, *Paris*. Félix Alcan.

Anales de la Biblioteca, tomo V, por P. Groussac, *Buenos Aires*. Coni Hnos.

South America on the eve of emancipation, por Bernardo Moses *New York and London*. G. P. Putnam's Sons.

Les Nouveaux aspects du socialisme, por Eduardo Berrh, *Paris*. Marcel Rivière.

Science et Méthode, por H. Poincaré, *Paris*. Ernesto Flammarion.

Syndicalisme et Socialisme, por Hubert Lagardelle, Arturo Labriola, Robert Michels, Boris Kritchewky y Victor Griffuelhes, *Paris*. Marcel Rivière.

Los Desamparados, drama original de A. M. Farias, *Junin*.

The economics of Socialism, por H. M. Hyndman, *Londres*.

Socialism in England, por Sidney Webb, *Londres*.

Socialism, por J. Ramsay Macdonald, *Londres*. T. C. y E. C. Jack.

The Continent of Opportunity, por Francisco E. Clark, *Nueva York*. Fleming H. Revell Co.

The economic interpretation of history, 2ª edición revisada, por E. R. A. Seligman, *Nueva York*. The Colombia University Press.

Protección a la infancia, por los doctores Faustino Jorge y Alberto Meyer Arana, *Buenos Aires*. Coni Hnos.

Socialism, its growth and outcome, por H. Morris y E. Belforth Bax, *Londres*.

Almanaque de "La Vanguardia", 1909, Buenos Aires.

NOTA—En esta sección, anunciará la *Revista* todas las obras remitidas al Editor, sin perjuicio de ocuparse detenidamente de algunas de ellas en la sección *Notas bibliográficas*.